Mía Heywood

Suspiros prohibidos



Selecta

Suspiros prohibidos

Mia Heywood

Selecta

Para aquellos que siempre luchan por el amor

Do anything than rather than
marry without affection

Jane Austen, *Pride and Prejudice* (1813)

Prólogo

Decían las malas lenguas (y no se equivocaban) que en Ronda había dos familias enfrentadas que no podían ni cruzarse por la misma calle, que no soportaban compartir el más mínimo espacio puesto que se habían jurado enemistad eterna.

Por una parte estaban los Díaz de Medina y Quevedo, familia aristocrática de rancio abolengo encabezada por el marqués de Arquería, un hombre frío y algo sombrío desde la desaparición de Mercedes, su primogénita y heredera, a la que tuvieron que dar por fallecida a pesar de saber que su destino había sido, probablemente, mucho peor que la muerte. Por otra parte estaban los de los Ríos, una familia burguesa, con una fuerte implicación política y una gran fortuna, que soñaba con llegar a formar parte de la aristocracia. Francisco, el mayor de los hijos del matrimonio, un hombre con talante destinado a convertirse en presidente del gobierno y mano derecha de la mismísima Reina, había sido asesinado de forma trágica mientras trataba de salvar a su prometida, que no era ni más ni menos que la desaparecida hija de los marqueses de Arquería, de las manos de unos terribles bandoleros que la habían secuestrado.

Y habían sido precisamente esos hechos los que habían

enfrentado a ambas familias antaño amigas: los de los Ríos jamás perdonarían a Mercedes por haber encandilado a su hijo, que había marchado a buscarla cual enamorado de novela sin pensar en las posibles consecuencias de sus actos; y los Díaz de Medina y Quevedo nunca olvidarían cómo la familia del joven había ensuciado el nombre de su hija, como si ella hubiera sido la culpable de todo aquello.

Claro estaba que, poco después de aquel enfrentamiento, los marqueses habían descubierto que su hija sí que había tenido bastante culpa en todo aquel asunto: angustiada porque no quería desposar a Francisco, había decidido fugarse con la ayuda de un grupo de bandoleros. Él, dispuesto a llevarla de vuelta a casa, la había perseguido y, en mitad de la disputa, ella lo había empujado y él se había golpeado con una piedra al caer, muriendo en el acto. Mercedes había sido la responsable de su triste final, aunque ellos no lo habían revelado en público. Sabían que sería una mancha en la reputación de su familia y que no podrían recuperarse jamás, por lo que habían decidido fingir que nunca habían recibido carta de su hija y que esta se hallaba en paradero desconocido.

Aunque esta no es la historia de Mercedes y Francisco, sino la de dos jóvenes enamorados que, por los errores de sus hermanos, debían ocultar su amor al resto del mundo.

Los marqueses tenían otras tres hijas: Eugenia, la futura marquesa, una dama de intachable reputación, casada con el segundo hijo de un conde y que estaba a punto de dar a luz a un nuevo heredero que aseguraría el linaje familiar; Margarita, que la seguía, una joven reservada que acababa de desposar a un adinerado abogado; y la joven Amalia, de 17 años y mirada soñadora, cuyo futuro preocupaba a sus padres. Veían en ella la misma chispa que había prendido en su hermana y estaban

dispuestos a extinguirla costara lo que costara.

Los de los Ríos tenían dos hijos varones: Mateo, el más joven de los hermanos, bastante despreocupado a sus dieciocho años; y Luis, el nuevo primogénito en el que habían depositado todas las esperanzas y ambiciones de la familia sin importar lo que él deseara.

Y fue justo a ellos, a Amalia y Luis, a quien golpeó el amor. Lo hizo cuando ambos eran apenas unos niños, antes de que los trágicos eventos que acabaron con sus hermanos sacudieran toda su existencia. Amalia siempre supo que estaba enamorada de Luis, y este siempre fue consciente de que ella se convertiría en la mujer de su vida. Pero, después de lo ocurrido, sus familias decidieron separarse para siempre, por lo que a ellos no les quedó más remedio que luchar contracorriente para intentar que su amor no pereciera en un mar de lágrimas.

Capítulo 1

Ronda, junio 1850

Amalia salió de casa aquella soleada mañana de junio luciendo uno de sus vestidos favoritos y acompañada de su doncella personal. Había comentado en el desayuno, de forma despreocupada, casi como si se le acabara de ocurrir, que le apetecía pasear aprovechando que aún no habían comenzado los días más calurosos del año y su madre no le había puesto ningún impedimento.

—Me pasaré por la iglesia para rezar un poco para que el embarazo de Eugenia siga sin complicaciones —había comentado justo antes de salir—, pero no me entretendré demasiado, se lo prometo.

—Enciende una vela por mí —le había respondido la mujer—. Yo me uniré a tus plegarias desde casa.

Así que aquello fue lo primero que hizo cuando, después de hacer tiempo dando un paseo por las calles de la ciudad, entró a la iglesia de Santa María la Mayor, en pleno corazón de Ronda. Prendió la vela y se detuvo a rezar muy cerca del altar, rogando con los ojos cerrados. Aunque no precisamente por la salud de su hermana mayor y su futuro sobrino o sobrina. Rogaba para que su plan saliera

bien, para que nadie descubriera el verdadero motivo por el que había acudido allí aquella mañana y que poco tenía que ver con el buen tiempo —si hubiera diluviado, habría encontrado cualquier otra excusa para salir de casa aquella mañana y refugiarse en aquel templo a aquella misma hora—.

En el momento preciso, justo cuando las campanas daban y media, vio una figura deslizarse hacia el interior de la iglesia. Aquel hombre, que se ocultaba tras una capa, se escabulló entre las sombras y se detuvo frente a una de las pequeñas capillas laterales, algo alejado de la puerta y de miradas indiscretas. Amalia intercambió una mirada con su doncella, que pareció suplicarle con los ojos que no hiciera aquello, antes de levantarse y caminar hacia aquel mismo lugar. Sentía el corazón rebotándole con fuerza en el pecho. A pesar de que no era la primera vez que hacía aquello, que se enfrentaba a las normas establecidas, que arriesgaba su reputación, seguía poniéndose tan nerviosa como la primera vez que había sucedido aquello, casi dos años atrás.

Se detuvo al lado del hombre, que la miró de reojo y sonrió.

—No sabía si vendrías —susurró él, con la vista fija al frente, como si estuviera orando a la imagen que contemplaba.

—Nada habría podido retenerme —respondió ella, también en voz baja para que nadie pudiera escucharla. El eco de las iglesias podía llegar a ser de lo más traicionero—. No sabes cuantísimo me alegro de verte.

—Apenas me has mirado, Amalia —bromeó él—. Pareces mucho más interesada en este altar.

—No me hace falta más que sentirte a mi lado para que me dé un vuelco el corazón. Deberías saberlo ya después de tantos años, Luis.

Luis de los Ríos amplió su sonrisa al escuchar aquello porque, a pesar de que mantener cualquier tipo de relación con Amalia Díaz de

Medina y Quevedo estaba más que prohibido, él se sentía exactamente igual que ella. No había minuto del día en el que no pensara en la joven, en el que no la extrañara. La distancia entre Ronda y Granada, donde cursaba sus estudios de Derecho, le parecía abismal la mayor parte del tiempo. Si le hubieran concedido un don por un solo día, habría hecho desaparecer villas, montes y ríos para acercar las dos ciudades hasta que se hubieran fundido en una sola y, así, poder permanecer eternamente junto a ella.

—Te he añorado, Amalia. Han sido unos meses tan largos sin ti… Menos mal que contaba con el consuelo de tus cartas. Han sido un auténtico bálsamo para mis interminables jornadas de estudio y mis noches de soledad.

Ella se sonrojó al escuchar aquello.

—Lo importante es que por fin has regresado y, durante unas semanas, nada podrá separarnos.

—Bueno, nada…

Ambos suspiraron al unísono. Sabían que sí que había algo que los mantendría apartados: el odio visceral que enfrentaba a sus familias desde hacía tres años. Cualquier otra pareja de enamorados podría aprovechar para pasear, visitarse e, incluso, poner por fin fecha a su tan ansiada boda. Mas ellos no podían hacer nada de eso. Si alguien descubría su relación, sería su fin, por lo que debían evitar ser vistos en público y limitarse a encuentros a escondidas lejos de las miradas indiscretas de sus familiares.

Por mucho que sus corazones anhelaran algo distinto, no podían hacer nada más por el momento. No, al menos, hasta que Luis terminara sus estudios, se estableciera y Amalia pudiera escaparse para casarse con él y empezar una nueva vida lejos de Ronda y de la trágica historia de sus hermanos. En cuanto él se convirtiera en abogado, podrían marcharse con unas pocas pertenencias que les

permitieran empezar de cero a alguna ciudad del norte de España, donde se convertirían en marido y mujer y él podría fundar su propio despacho. Les daba igual tener que renunciar a sus familias. Estaban dispuestos a todo por amor. Pero, de momento, debían esperar.

—Conseguiremos vernos —le aseguró ella—. No sería la primera vez que te escabulles para visitarme.

—La última estuvieron a punto de pillarnos… —le recordó Luis, que aún se estremecía al recordar cómo había tenido que salir por una ventana porque la marquesa se había despertado, alertada por un ruido, y había puesto su casa patas arriba por temor a que volviera a suceder lo que había pasado con Mercedes—. Si nos hubieran descubierto, habría sido un desastre.

—Pero no lo hicieron y seremos cuidadosos. ¿O es que acaso no quieres pasar algo de tiempo conmigo a solas?

Él la miró de reojo y sonrió. Pocas cosas le apetecían más que poder estrecharla entre sus brazos sin miedo. Y besarla. Le encantaba besar a Amalia y que a ella se le escaparan aquellos pequeños suspiros que atesoraba en su memoria para que le hicieran compañía en los momentos de añoranza.

—No hay nada que quiera más que eso —susurró—. ¿Podrás avisarme?

—Te mandaré recado a través de Mari Paz.

Mari Paz, la que antaño había sido la mejor amiga de Mercedes, se había convertido desde su desaparición en una especie de hermana mayor que buscaba suplir el lugar dejado por esta. Desde el primer momento le había tendido una mano y se había ofrecido a ayudarla con cualquier cosa que necesitara. Lo que incluía, por supuesto, aquel romance. Era ella quien enviaba y recibía sus cartas, para que ninguno de sus familiares sospechara de lo que sucedía, quien mediaba para que pudieran verse a escondidas y pasaba sus notas.

Decía que era lo mínimo que podía hacer por Amalia, que no podía estarle más agradecida.

—Esperaré ansioso.

—Debo marcharme —murmuró ella, consciente de que ya llevaban allí demasiado tiempo y de que no tardarían en encontrarse con algún conocido que haría que aquella conversación llegara a oídos de sus padres—. Si todo sale bien, nos veremos mañana. De madrugada, en la misma puerta de siempre.

—Allí estaré si me lo pides.

Se marcharon sin una despedida, sin poder abrazarse como realmente hubieran querido, pero con la esperanza de poder reencontrarse en pocas horas. Solo debían tener un poco más de paciencia, y eso, a ellos, les sobraba.

Amalia regresó con su doncella, a la que indicó que ya podían regresar a casa, y abandonó la iglesia con paso decidido. La joven la miraba con cierta incomodidad y nerviosismo, lo que la hizo resoplar.

—No has hecho nada malo, así que no me pongas esos ojitos —le espetó de forma algo brusca—. No puedes controlar mis decisiones.

—Pero, señorita, usted sabe que si sus padres descubrieran que se ve a escondidas con ese hombre y que yo no lo he impedido, ni los he avisado…

—No lo saben, ni lo sabrán hasta que sea demasiado tarde y seamos marido y mujer —la interrumpió—, así que no debes preocuparte. Tú solo guarda silencio y finge que no sabes nada, que no te has dado cuenta de lo que ha sucedido. No te expulsarán de nuestra casa por un supuesto despiste.

La otra asintió, aunque seguía sin estar demasiado convencida. Odiaba que Amalia la pusiera en aquellos aprietos. La primera vez que la había llevado como tapadera para poder verse a escondidas, en aquella misma iglesia, con Luis de los Ríos había puesto el grito

en el cielo y le había asegurado que la delataría ante sus padres. Temía que los señores se enfadaran y acabar ella pagando las consecuencias. Su familia necesitaba que conservara aquel trabajo, por lo que no iba a permitir que los caprichos de una señorita se lo quitaran. Sin embargo, Amalia la había persuadido para que no lo hiciera, asegurándole que, mientras sus padres no descubrieran la situación, no tendría nada que temer y que la recompensaría por su confianza y discreción. Además, si en algún momento se revelaba la verdad, ella siempre podría pretender que no estaba al tanto de lo ocurrido y que estaba tan horrorizada y escandalizada como el resto de habitantes de la casa.

En cuanto regresaron, la doncella se fue para poder continuar con los quehaceres diarios que la aguardaban mientras Amalia se reunía en el salón con su madre, que estaba en silencio, con la vista fija en la pared. Después de lo que había pasado con Mercedes, su hogar se había sumido en el silencio. Se habían prohibido las distracciones mundanas, especialmente los libros que parecían haber intoxicado la mente de la joven para llevarla a cometer aquella locura.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó al verla—. Has tardado más de lo que esperaba.

—Hacía tan buen día que quise aprovechar —mintió ella—. Es el tiempo perfecto para pasear. Aún no hace demasiado calor, pero ya se ha retirado el frío invernal.

—¿Pusiste la vela?

—Y recé por mi hermana. Todos queremos que traiga al mundo a un heredero sano para el marquesado y que no surjan complicaciones que pongan su vida en grave peligro.

—Por eso rogamos —confirmó la mujer—. ¿Algo a destacar durante tu paseo?

—No mucho.

Apartó la mirada. A pesar de lo acostumbrada que estaba a mentir desde hacía años, a menudo temía que sus padres la descubrieran y todo se desvaneciera.

Luis y ella siempre habían tenido una relación especial. Habían aprovechado el compromiso de sus hermanos y las constantes veladas compartidas para susurrarse cosas el uno al otro mientras los demás hablaban de la inminente boda y del futuro, y nada los había apenado más que la ruptura de los lazos que unían a ambas familias. Pero habían conseguido mantener el contacto gracias a su ingenio y la inestimable ayuda de Mari Paz. Así era como habían comenzado a verse a escondidas. Como habían acabado por enamorarse por completo. Como habían trazado sus planes de futuro a espaldas de sus padres. Amalia aún recordaba perfectamente su primer beso, el momento en el que, escondidos en el jardín de su casa a altas horas de la madrugada, él la había estrechado entre sus brazos y había unido sus labios con una dulzura que la había sobrecogido. Había sabido en ese mismo instante que no querría a ningún otro hombre en su vida y que no desposaría a nadie que no fuera él.

—¿Te has encontrado con algún conocido?

—No —respondió tan rápido que su madre enarcó una ceja en señal de ligera sospecha. Amalia carraspeó y se encogió de hombros —. Nadie relevante, madre, solo me he cruzado con algunos vecinos y… bueno, en la iglesia estaba Luis.

—¿Qué Luis?

—Luis de los Ríos, madre, el hermano de…

—¡Ya sabes que no puedes mencionar ese nombre en esta casa! —gritó, interrumpiéndola antes de que pudiera terminar la frase—. Y espero que no le hayas dirigido la palabra.

—Por supuesto que no —mintió, consiguiendo mantener la calma.

Incluso logró mirar a la otra mujer mientras pronunciaba aquellas palabras—. No sé cómo puede creer eso, madre. Me ha parecido relevante mencionarlo porque, por lo que habíamos oído, se había marchado fuera de Ronda para estudiar, así que pensé que querría saber que había regresado, mas jamás me detendría a hablar con él. Eso iría completamente en contra de nuestra familia.

La mujer evaluó a su hija durante unos segundos. Sabía que Amalia le ocultaba algo, que escondía algún secreto que, esperaba, no los pusiera en evidencia delante de toda la comunidad. Ya habían tenido suficiente con Mercedes.

Aunque dudaba que lo que fuera que ocultara Amalia fuera tan escandaloso. Y, de igual forma, aquello se acabaría pronto. Su marido y ella lo tenían claro desde hacía ya varios años: no podían volver a darles alas a sus hijas, por lo que debían alejarlas cuanto antes de ensoñaciones y niñerías que no las llevarían a ningún buen lugar. Concertaron el matrimonio de Eugenia en cuanto fue apropiado y, poco después, el de Margarita. No cometerían dos veces el error de dejar que ellas tomaran aquel tipo de decisiones transcendentales. Y había llegado, al fin, el turno de Amalia. Solo tenían que ultimar unos cuantos detalles con la ayuda de Eugenia y su marido y escaparían de aquel peligro para siempre.

—Me alegra saber eso —respondió al fin—. ¿Por qué no vas a practicar un poco con el piano? Hace mucho que no lo haces y no quiero que pierdas las buenas maneras.

—Ya sabe que no me gusta demasiado…

—No debes descuidar tus talentos, Amalia —insistió. No quería que su hija perdiera ni uno solo de sus encantos y el candidato perfecto se les escapase—. Venga, vamos.

Ella resopló, pero no volvió a protestar y se marchó a la sala de música. Lo mejor sería no darle más motivos a su madre para

sospechar.

Capítulo 2

—Señor, su padre quiere hablar con usted de inmediato. Lo está esperando en su despacho.

Apenas había cruzado el umbral de casa de sus padres cuando el mayordomo le dio aquel recado. Lo miró con el ceño fruncido, algo extrañado. Debía tratarse de algo importante si no podía aguardar ni un minuto.

—¿Ahora?

—Sí, lleva un rato esperándolo.

—Está bien.

Le tendió su sombrero y bastón al otro hombre y se encaminó, sin detenerse en el salón siquiera para saludar a su madre, a la oficina en la que su padre se pasaba el día administrando sus propiedades y los negocios de la familia. Llamó, para avisar de su presencia, aunque no esperó a que le dieran permiso para entrar. Si realmente era algo tan importante, no tenía ningún sentido aguardar en la puerta.

—¿Me buscaba, padre?

—Hijo, por fin. —Levantó la cabeza de sus papeles y señaló una silla vacía al otro lado de su escritorio—. Mandé que te llamaran

hace una hora.

—Había salido a dar un paseo —le explicó mientras tomaba asiento—. Había extrañado mucho la ciudad y quería… recordarla.

—Podrías haberlo dejado para más tarde.

—No sabía que me requería aquí —contestó con firmeza, tratando de ocultar el hastío que le provocaba aquello. Odiaba haberse convertido en el sucesor de su hermano. Desde su muerte, su padre había decido que debía ocupar su lugar aunque nada de lo que hiciera estaría jamás a la altura del gran Francisco de los Ríos—. Lo lamento. ¿Qué sucede?

—Hay un cambio de planes.

—¿Cuál?

Un escalofrío lo recorrió de arriba abajo. Aquello no le daba buena espina en absoluto.

—No continuarás tus estudios en Granada.

—¿Cómo dice?

Se echó hacia delante en el asiento, tenso. No se había visto venir algo así. ¿Habría cambiado de opinión sobre su futuro? Siempre le había dejado claro que debía estudiar Derecho para dedicarse, cuando acabara, a la política, como había hecho el mayor de sus hermanos, así que no entendía a qué venía semejante cambio de opinión. No parecía tener ningún sentido.

—Creemos que debes cambiar de ambiente por el bien de tu futura carrera.

—¿Creemos? ¿Usted y madre?

—No, por supuesto que no —respondió como si su hijo acabara de decir una tontería. Ni que su esposa tuviera voz y voto en algo tan relevante como el futuro de su familia—. El partido y yo.

—¿El partido? ¿Qué… qué partido?

Cada vez estaba más confuso y le costaba entender la situación.

¿Quién se suponía que, de repente, estaba dictando los pasos a seguir en su vida?

—Por Dios, hijo, ¿acaso vives en este mundo? ¿Qué partido va a ser? ¡El tuyo! ¿O es que ya se te ha olvidado que te están esperando para que cumplas con tu misión en la vida?

—Usted no permite que se me olvide.

—Porque deberías tenerlo siempre presente. Francisco lo tenía. Él no dejó que se le olvidara lo verdaderamente importante hasta que esa pérfida le nubló el juicio y… —No pudo terminar la frase. Su muerte le seguía doliendo como el primer día—. La cuestión es que creen que lo mejor para tu carrera será que te traslades cuanto antes a Madrid.

—Aún me estoy formando.

—En Madrid hay una universidad fantástica donde podrás continuar tus estudios. Ya se están encargando ellos de gestionarlo todo.

—¿Gestionarlo?

El hombre bufó. No sabía qué le pasaba aquella mañana a su hijo, ni por qué parecía no entender lo que le estaba contando. Tenía a Luis por alguien inteligente, mas temía haberse equivocado y que no pudiera cumplir su misión.

—El traslado, por supuesto.

—Sí, pero… ¿por qué?

Luis luchaba por comprender aquello, pero no lo conseguía. De repente todo parecía haberse ralentizado a su alrededor y le costaba seguir el hilo de la conversación. Amalia y él habían hecho sus planes, tenían muy claro lo que harían en cuanto pudieran escapar de aquella campana de cristal en la que los tenían encerrados. Contaba los días para ser libre… y de repente le decían que aquello no sería posible, que, de nuevo, habían vuelto a trazarle un camino

del que no se podía salir.

—Quieren lanzarte cuanto antes. La situación sigue siendo bastante compleja y creen que es un buen momento para que comiences tu carrera. Ya tienen pensada la estrategia: serás el sucesor de Francisco, el trágico héroe asesinado por bandidos mientras intentaba salvar a su prometida de un cruel destino. Están seguros de que eso hará que te ganes un hueco en ciertos círculos. Muchas personas influyentes creían en tu hermano, sabían que le esperaba un futuro brillante, por lo que te verán como su heredero y te abrirán muchas puertas. Y, una vez te asientes, se encargarán de buscarte una esposa adecuada. Noble, por supuesto, del entorno de la reina a ser posible, y mucho más apropiada que la elección que hizo tu hermano. Como comprenderás, después de esa trágica experiencia, prefiero que sean otros quien escojan a la indicada para proteger tu futuro, hijo.

—¿Una esposa? —Luis parpadeó varias veces. Le estaba costando demasiado entender todo aquello. Cuando se había despertado esa mañana estaba seguro de cómo sería su futuro y, de repente, le habían puesto una piedra gigante en mitad de su camino para obligarlo a cambiar de dirección—. Padre, eso es muy… precipitado.

—Son planes a largo plazo, no te inquietes por eso ahora —le aclaró él—. Primero debes consolidar la base de tu carrera y, cuando eso haya sucedido, llegará el momento del matrimonio y los hijos. Si todo sale bien, por fin nuestra familia conseguirá el título que ansía y merece.

—No sé si…

—No tienes que saber nada —lo interrumpió antes de que pudiera quejarse—. Tu deber es, simplemente, acatar lo que se te manda.

—¿Y no puedo opinar?

—Por supuesto que no. Ya sabes que es tu obligación. Todos

somos conscientes de que no tienes el don ni la ambición de tu hermano, pero eres su heredero natural, así que ya aprenderás. Se encargarán de formarte para que puedas cumplir tu papel.

—Pero…

—Ya hemos hablado suficiente. —El hombre hizo un gesto con la mano, indicando que ya se había cansado y daba aquella conversación por terminada—. Te veré en el almuerzo. Tengo mucho trabajo y ya me has distraído demasiado.

Se mordió la lengua para no replicar que había sido él quien había insistido en hablar, se levantó de la silla y, en silencio, abandonó el despacho. Subió de forma apresurada a su dormitorio y garabateó una nota, que no tardó en entregar a su criado de confianza junto a una moneda.

—Ya sabes dónde llevarla —le susurró—. Es muy urgente.

—Ahora mismo, señor.

Se marchó, dispuesto a entregar la misiva cuanto antes, mientras Luis suspiraba. Solo esperaba poder parar aquello antes de que se le escapara por completo de las manos.

Capítulo 3

—Mari Paz me invita a tomar el té en su casa —anunció Amalia, leyendo la nota que la amiga de su hermana le había hecho llegar y en la que le pedía que acudiera a verla aquella misma tarde sin falta —. Puedo ir, ¿verdad, madre?

Le dedicó la mejor de sus sonrisas para persuadirla. Sabía que, si Mari Paz la había avisado con tan poca antelación, debía tratarse de algo relacionado con Luis. Y, sin lugar a dudas, sería importante. Acababan de verse, por lo que algo le habría sucedido al llegar a casa.

Cayetana titubeó. No le gustaba que su hija viera demasiado a aquella mujer, a la que una vez había considerado casi parte de la familia. Hacía tiempo que había dejado de fiarse de ella, puesto que sabía que, de vez en cuando, recibía noticias de Mercedes, donde quiera que estuviera, y temía que le contara a Amalia cosas que ella no debía saber —algo que, efectivamente, hacía—. Su marido y ella se estaban esforzando mucho para que la actitud de la mayor de sus hijas no sentara un precedente que pudiera arruinarlo todo y temían que, si la pequeña Amalia escuchaba demasiadas historias sobre las aventuras de su hermana mayor, quisiera imitarla y tirarlo todo por

tierra. No obstante, sabía que no debían enemistarse con ella por ese mismo motivo: no quería que en un arrebato de despecho decidiera exponer la verdad delante de toda la buena sociedad. Llevaban años esforzándose para que todos siguieran creyendo la versión oficial, para que su familia no cayera en desgracia; no podían consentir que un enfrentamiento arruinara su reputación para siempre.

Así que cedió. Lo mejor era estar en buenos términos con Mari Paz y permitir que se reuniera de vez en cuando con Amalia.

—Sí, por supuesto. Salúdala de nuestra parte. Hace bastante que no coincidimos, así que espero que todos en su familia se encuentren bien.

Amalia mandó llamar a su doncella, subió a su dormitorio para retocarse y, una vez estuvo lista, salió de su hogar, fingiendo una normalidad que no sentía. En cuanto giró la esquina, y tras comprobar que nadie la observaba, apretó el paso, haciendo resoplar a su pobre doncella, que tuvo que recordarse de nuevo, mientras corría, lo mucho que necesitaba aquel empleo. Aunque, si encontraba algún otro, no dudaría en dejar plantada a aquella señorita que tan difícil se lo ponía.

Llegaron a la imponente casa en apenas unos minutos y un criado les indicó que ya esperaban a Amalia en el jardín.

—Mandaré que te avisen cuando haya terminado —le dijo a su doncella—. Puedes ir con el servicio.

—Claro, señorita.

Dejó su sombrero y se encaminó hacia el final de la casa, donde estaba el jardín. Cruzó el precioso arco que lo separaba de la última de las estancias cubiertas y se adentró entre las plantas perfectamente cuidadas hasta que, en un rincón algo oculto, sentados en un pequeño banco de piedra con unas impresionantes

vistas al tajo, los vio. A ambos.

Luis se levantó de un salto al percatarse de su presencia y Mari Paz se giró y le sonrió.

—No sabía que tú también estarías aquí —dijo Amalia—. Creía que habrías mandado algo para mí, pero no imaginaba que estarías aquí.

—Lo mejor será que os deje solos. —La otra mujer se puso también de pie. Se acercó a la joven y posó una mano en su brazo para reconfortarla—. Sed responsables y no hagáis nada indecoroso bajo mi techo.

—Estamos al aire libre —bromeó la menor, haciéndola esbozar otra sonrisa.

—Aun así.

—Gracias por arriesgarte siempre por nosotros. No sabes todo lo que te debemos.

—Sí que lo sé, pero… es lo que tu hermana habría querido.

Mari Paz se alejó, dejándolos solos, y ellos, por fin, hicieron lo que llevaban deseando hacer desde aquella mañana: se precipitaron a los brazos del otro y unieron sus labios.

—No sé cómo logré contenerme antes en la iglesia —susurró él mientras acariciaba sus mejillas—. Solo podía pensar en lo preciosa que estabas y lo mucho que había extrañado tus besos… ¿Cómo es posible que cada vez que te vea estés más hermosa?

—Son tus ojos, que me miran muy bien. —Lo besó de nuevo y suspiró—. Cuánto me gustaría poder hacer esto siempre que nos apeteciera.

—Pronto podremos hacerlo, te lo prometo. Aunque… —Luis suspiró y dio un par de pasos hacia atrás mientras meditaba cómo iba a explicarle la situación. Ella, al darse cuenta de que debía tratarse de algo grave, mudó el semblante—. Mi padre me ha dado una mala noticia hoy.

—Espero que todos estén bien en casa.

—Lo están, tranquila. No es eso lo que me preocupa.

—¿Entonces?

—Mi padre y los miembros del partido de mi hermano quieren que me traslade a Madrid para terminar allí mis estudios y comenzar mi carrera política cuanto antes.

—¿A… a Madrid? —Amalia se notó palidecer—. Pero eso está muy lejos. Mucho más que Granada. Y apenas soy capaz de soportar esa distancia.

—Me pasa lo mismo, pero no me han dado opción. Yo no quiero macharme tan lejos. No quiero que controlen mi vida así, ni que me impidan estar contigo. Pero… no tengo alternativa. Me obligarán a ir quiera o no, les dará igual lo mucho que proteste, Amalia. Ellos… ellos no me dejarán en paz si no cumplo sus deseos. Así que, hasta que sea abogado y pueda garantizarte el hogar que te mereces, no me quedará otra que doblegarme ante ellos y hacer su voluntad.

Suspiró y ella lo abrazó. Sabía lo muchísimo que odiaba la política y que jamás se dedicaría voluntariamente a ella, por lo que era consciente de que aquella situación era complicada para él. Por no hablar de lo que podría suponer para sus planes, aunque prefería no pensar en aquello en ese momento y tratar de mantenerse positiva.

Al fin y al cabo, uno de los dos debía serlo.

—No pasa nada, mi amor —susurró en su oído, acariciándole la espalda—. Podremos con ello.

—Claro que sí. Mercedes y Francisco se escribían cartas y eran felices, ¿no?

Amalia se estremeció al escuchar aquello. A pesar de todos los años que llevaban viéndose a escondidas y del tiempo que había pasado desde el trágico fin del compromiso de sus hermanos, ella no había sido capaz de contarle toda la verdad a Luis, que seguía

creyendo que había sido el destino el que había frustrado los planes de ambos. Así que se limitó a asentir, como si aquello fuera cierto.

—Ojalá pudiera ir contigo.

—Sería un auténtico escándalo. —Él titubeó. No sabía si contárselo todo. No quería preocuparla con algo que pensaba evitar costara lo que costara, mas nunca se habían ocultado nada. Así que, al final, se decantó por seguir hablando y poner todas las cartas sobre la mesa—. Hay otra cosa. Algo que no te gustará.

—Nada de esto me gusta, por lo que dudo que sea peor…

—Oh, créeme, lo es. —Rompió el abrazo, aunque la agarró de las manos para poder comunicarle aquella terrible noticia—. Quieren buscarme una esposa.

—¡¿Qué?!

Amalia se sintió desfallecer. Por un momento le faltó el aire y tuvo que apartarse y acercarse al muro del jardín, que lo separaba del precipicio, para que la brisa la calmara.

—Pero no pienso desposar a nadie que no seas tú —le aseguró él, que la siguió y la abrazó por la espalda—. Ese compromiso no es algo inmediato, sino a varios años vista, y para entonces ya seremos libres, Amalia.

—¿De verdad?

—De verdad. Mi padre no quiere que nada me distraiga antes de terminar mis estudios y el partido planea lanzar mi carrera antes de concertar un matrimonio.

Amalia cerró los ojos y se obligó a asentir. Confiaba en Luis y, si él decía aquello, ella creería que era verdad. Aunque le daba demasiado miedo que siguieran trastocando sus planes y que, al final, no pudieran estar juntos.

—Te amo, Amalia. Siempre lo he hecho. Y siempre lo haré.

—Y yo a ti.

Se giró y volvieron a fundirse en un apasionado beso que los hizo estremecerse y que despertó en ambos un fuego que cada vez les costaba más y más acallar.

—¿Cuándo podré verte a solas? —murmuró él, aún pegado a su piel—. Deseo poder estrecharte entre mis brazos sin miedo…

—Ven mañana de madrugada a casa. Creo que podré ayudarte a entrar.

—Estaré allí en cuanto dé la medianoche. Te lo prometo.

Se dieron un último beso y Amalia regresó al interior de la casa, donde se despidió de Mari Paz. Esta regresó al jardín y sonrió a Luis, que parecía algo cabizbajo. Ya le había contado las malas noticias, así que sabía por qué seguía tan apesadumbrado.

—Conseguiré evitar esa boda, ¿verdad? —le dijo. No sabía muy bien cómo, pero Mari Paz había acabado convirtiéndose también en su confidente.

Suponía que era lo bueno de haber encontrado una mano amiga en mitad de toda aquella oscuridad.

—Aún tienes mucho tiempo, ¿no? Aunque…

—¿Aunque? —la animó a seguir él al ver que no terminaba la frase.

Ella se encogió de hombros. Había visto cómo los padres de Mercedes y Amalia habían cambiado desde la desaparición de la primera, cómo apenas les daban aire a sus hijas y trataban de controlar cada segundo de sus vidas para evitar que otra de ellas cometiera un error imperdonable.

Así que había algo que llevaba un tiempo rondándole la cabeza y con lo que ni Amalia ni Luis parecían contar.

—¿Qué pasará cuando la prometida sea ella?

—¿A qué te refieres?

Luis frunció el ceño al escuchar aquello y notar un tirón en el

estómago.

—Conoces a los marqueses. A Eugenia y Margarita las comprometieron jóvenes.

—Eugenia era mayor que…

—Eugenia tuvo que esperar porque lo de Mercedes estaba demasiado reciente como para celebrar un enlace. Pero sé de buena tinta que los marqueses la comprometieron en cuanto quedó claro que era la nueva heredera.

—¿Y crees que planean hacer lo mismo con Amalia? —preguntó, asustado. A pesar de que era algo lógico y que sucedía en prácticamente todas las familias, no se le había ocurrido que podrían estar negociando ya con la mano de Amalia. No se le había pasado por la cabeza que, quizás, no era a él a quien se le acababa el tiempo—. ¿Piensas que quieren casarla?

—Me extrañaría mucho que no fuera así. Así que no estaría mal que pensarais en algún plan. Por si acaso.

Luis asintió, aunque su mente estaba ya muy lejos, maquinando e ideando nuevas estrategias. Solo esperaba que las intuiciones de Mari Paz no se cumplieran y que Amalia estuviera a salvo de un matrimonio sin amor.

Capítulo 4

Pasaron algunos días y Luis y Amalia continuaron enviándose notas y viéndose a escondidas. Se habían convertido en expertos en el arte de los secretos, por lo que apenas les costaba escabullirse para reunirse al amparo de la noche. En aquellos momentos de quietud, compartían caricias y confidencias que ocultaban al resto del mundo. Hablaban de sus miedos, sus planes de futuro y todo lo que les esperaba, ideaban cómo sería su vida cuando por fin fueran libres de cadenas y se perdían en los labios del otro.

Todo parecía perfecto y casi se habían olvidado de las nubes que amenazaban su relación. Aunque siempre acababa por suceder algo que se lo recordaba.

Aquella mañana, Amalia había salido a pasear con Eugenia que, a pesar de su embarazo, insistía en salir de tanto en tanto a caminar, provocando los comentarios de las vecinas y las quejas de su madre, que creía que aquella actividad no era en absoluto adecuada en su estado. Su hermana la estaba aburriendo con una historia sobre su marido y los problemas que estaban teniendo para encontrar una nodriza adecuada para su futuro heredero, así que se dedicaba a asentir, como si realmente le importara, aunque su mente estaba

muy lejos de allí, perdida en su último encuentro con Luis. Todavía no entendía cómo no los habían descubierto, porque no habían sido precisamente sutiles en sus risas y suspiros. Sabían que debían ser más cuidadosos, pero cuando estaban lejos de la mirada escrutadora de la sociedad, no podían evitar olvidarse del resto del universo.

—Amalia, ¿me estás escuchando?

Regresó al presente al escuchar la queja de su hermana, que se había incluso detenido y la miraba con una ceja enarcada.

—Sí, por supuesto —mintió.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te estaba diciendo?

—Pues… —Se sonrojó y apartó la mirada—. Perdona, Eugenia, es que a veces me cuesta entender lo que me dices. Veo bastante lejano lo de ser madre y, además, creo que no son temas apropiados para tratar con una señorita soltera.

—Por supuesto que no, pero todo lo que implica la organización de un hogar sí que lo es. Al fin y al cabo, debes ir aprendiendo, ¿no te parece? Dentro de no mucho serás la dueña de una casa.

Un escalofrío recorrió a Amalia de arriba abajo. No era tonta, así que sabía que los matrimonios de sus hermanas habían sido concertados, pero esperaba que sus padres no estuvieran planeando nada aún. Confiaba en que, al ser la más pequeña, siguieran viéndola como una niña durante unos años más y que no intentaran desposarla antes de que Luis y ella pudieran llevar a cabo sus planes.

—Soy joven.

—Tienes diecisiete años, Amalia. Muchas damas de tu edad ya están casadas.

—No me siento preparada para cumplir con ese papel aún —insistió ella—. Es pronto, todavía me queda mucho por aprender. Y creo que padre y madre opinan lo mismo. Porque, de no ser así, tú

me lo dirías, ¿verdad, Eugenia?

Ella fingió una sonrisa y asintió. Por fortuna, en aquella familia la mentira parecía correr por sus venas, por lo que no le costó disimular que conocía de primera mano —y era parte bastante activa — los planes de sus progenitores.

Probablemente acabarían por encontrarse todas en el infierno, aunque, en aquel caso, solo lo hacía para asegurarle un buen futuro a su hermana. Ella no lo vería, al igual que le había pasado a ella cuando sus padres la comprometieron con su actual marido, pero lo hacían por su bien.

Algún día se lo agradecería.

—No te preocupes ahora por eso, Amalia —respondió antes de entrelazar de nuevo sus brazos—. Venga, te acompaño a casa. Quiero saludar a padre y madre.

Continuaron su paseo con calma, aunque, justo cuando giraban para internarse por las callejuelas que las conducirían al hogar familiar, se dieron de bruces contra dos figuras que caminaban en dirección opuesta.

—Oh, perdonen, no…

Amalia guardó silencio cuando sus ojos se encontraron con los de Luis. Él dibujó una expresión de sorpresa, mas no tuvo tiempo de formular ni siquiera una disculpa. Su madre, que lo acompañaba, tiró de su brazo para alejarlo de ellas.

—No te pares, hijo —le ordenó de forma autoritaria al tiempo que fulminaba a ambas mujeres con la mirada—. No quiero que crean que nuestra familia tiene tratos con estas… personas.

Intercambiaron una última mirada. Una en la que recordaron los besos de su último encuentro y se prometieron repetirlo pronto. Una en la que se confesaron lo muchísimo que se amaban el uno al otro y lo mucho que les dolía tener que enfrentarse a aquellas

situaciones.

Cualquier otra pareja en su situación no habría tenido problemas para afianzar el compromiso, pero su caso era distinto.

Los dos se alejaron mientras Eugenia mascullaba por lo bajo lo maleducados que eran todos en esa familia y que ellos tampoco querían que los relacionaran. Amalia se giró para observar a Luis una última vez y él, que pareció sentir que la observaba, se volvió también para intercambiar una última mirada.

Y fueron aquellos instantes los que captó Eugenia y la pusieron completamente en alerta.

—¿Qué estás mirando, Amalia? —le preguntó en un tono de voz muy similar al que habría usado su madre.

—Nada, solo a… a esa mujer —respondió ella, tratando de mantener la calma para no delatarse—. Aún recuerdo cuando nuestras familias estaban en buenos términos y venían a casa. Me apena mucho que la situación se torciera.

—Pues no debería ser así —la interrumpió la mayor antes de que pudiera decir algo inapropiado que algún vecino pudiera escuchar—. Francisco le arruinó la vida a Mercedes. De no haber sido por él, ella nunca habría… Bueno, ya sabes.

Amalia asintió. A pesar de que las tres sabían lo que había sucedido con su hermana, nunca habían hablado del tema por imposición de sus padres. Era un gran tabú que no parecían ser capaces de derribar.

—Lo sé.

—Pues no digas sandeces entonces, ni vuelvas a mirar a ese hombre.

—Yo no estaba…

—Por tu bien espero que eso sea cierto.

Retomaron su camino, sin decirse palabra. Eugenia no podía

quitarse de la cabeza lo que acababa de presenciar. Sabía que era muy grave, que la mirada que habían intercambiado no era la de dos desconocidos. Había visto en ellos una chispa de algo que no sabía ni siquiera identificar, pero que la aterraba.

Si una chispa de locura había acabado con Mercedes, que siempre había sido sensata y había tenido clara su misión en la vida, ¿qué no haría con la pobre e inocente Amalia que no sabía nada del mundo que la rodeaba y siempre había estado sobreprotegida entre los muros de su hogar?

Debía hacer lo que estuviera en su mano para ayudarla e impedir que cometiera una insensatez, así que, en cuanto llegaron a casa, aprovechando que la menor salió al jardín a tomar el aire, Eugenia decidió hablar con su madre, que reposaba con tranquilidad en el salón.

—Madre, debemos hablar. Es sobre Amalia.

—¿Ha hecho algo inadecuado? —le preguntó, extrañada por su tono nervioso y su expresión algo sombría.

—No directamente, pero… temo que pueda hacerlo. —Eugenia suspiró. No le gustaba vender a su hermana de esa manera, mas alguien debía tomar cartas en aquel asunto antes de que fuera demasiado tarde—. Hoy nos hemos cruzado con Luis de los Ríos y su madre.

—Ya sabes que el nombre de esa familia está vetado en esta casa.

—Sí y siento mucho tener que mencionarlo. Le prometo que no lo haría si no fuera necesario.

Cayetana se tensó al ver la forma en la que la mayor de sus hijas la estaba mirando y no pudo evitar ponerse en lo peor.

—¿Y qué tiene que ver ese con tu hermana?

—Creo que Amalia se ha encaprichado de él.

—Eso es imposible —murmuró—. Nunca le hemos permitido

acercarse a ellos y era aún muy niña cuando sucedió lo de Mercedes y Francisco.

—Puede que sea la atracción de lo prohibido. No lo sé, madre, la cuestión es que me he fijado en la forma en la que lo miraba cuando nos hemos cruzado y…

—¿Y…?

—En la forma en la que él la ha mirado a ella. Como si la conociera. Como si no fuera solo una joven con la que acababa de coincidir —confesó antes de suspirar—. Temo que hayan cruzado alguna línea y hayan empezado a sentir cosas que no deberían el uno por el otro. Madre, temo que haya algo entre ellos.

—Pero eso no puede ser —siguió insistiendo ella—. Nos habríamos enterado. Si alguien los hubiera visto conversar o siquiera acercarse… habría sido un escándalo que hubiera recorrido la ciudad en cuestión de minutos.

—Sí, y sé que puede parecer descabellado, pero yo sé lo que vi, madre. De no ser así, jamás se lo habría dicho.

La habitación se quedó en el más absoluto de los silencios. Eugenia se arrepentía de lo que acababa de confesar. A lo mejor se había precipitado. Quizás había malinterpretado aquella mirada y no había nada, mas su intuición le decía que no se confundía. Su madre, por su parte, intentaba contener la avalancha de sensaciones que estaba sintiendo en aquel momento. Sabía desde hacía un tiempo que Amalia ocultaba algo, pero jamás se imaginó que sería algo tan terrible.

Algo que, definitivamente, debía zanjarse de forma inmediata.

No consentiría que otro hombre de esa familia acabara con el buen nombre de una de sus hijas.

—Puede que haya llegado el momento —susurró—. Escribe al primo de tu marido. Es hora de concertar ese enlace.

Capítulo 5

—Esta noche tenemos un invitado.

Amalia, que estaba desayunando con la cabeza en las nubes, se giró hacia su madre al escuchar aquel comentario que, a pesar de su apariencia inocente, la había hecho estremecerse. No le gustaba la solemnidad con la que lo había anunciado.

—¿Quién?

—Un primo del marido de tu hermana Eugenia. Ha venido a visitarlos y me ha parecido desconsiderado no invitarlo.

—¿Y vendrá solo? —siguió insistiendo ella, no demasiado convencida con la explicación de su madre.

—Tu hermana no puede acudir en su estado y su marido ha preferido quedarse con ella.

Amalia hizo una mueca. ¿Desde cuándo «su estado» impedía a Eugenia acudir a visitarlas?

—¿Y no sería mejor que nosotros fuéramos a cenar allí? Me resulta algo extraño que venga un hombre que no conocemos de nada. ¿A usted no, madre? Entendería que acudiera acompañado, pero solo…

—Tonterías —la interrumpió la mayor—. Debemos mostrar nuestra

buena educación, Amalia. Somos una buena familia y es nuestra obligación mostrarnos hospitalarios con los allegados.

—Pero ese hombre no es…

—¡Silencio! —exclamó, haciéndola callar en el acto—. Esta noche te comportarás como la dama bien educada que eres y lucirás tu mejor sonrisa. ¿Te ha quedado claro? Ya he elegido un vestido para que lleves, así que esfuérzate un poco, ¿quieres?

—¿Por qué… por qué debería hacer eso?

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo y el corazón comenzó a latirle con mucha fuerza. No le costó entender el motivo de semejante insistencia. Ya había visto a su madre actuar de aquella forma con anterioridad, dos veces para ser más exactos, y sabía lo que significaba. A pesar de quería creer que no se trataba de aquello, una parte de ella estaba convencida de lo que pasaba: querían comprometerla con aquel hombre.

Sus peores temores iban a hacerse realidad.

Sintió cómo se mareaba y tuvo que aferrarse a la mesa para que todo dejara de dar vueltas a su alrededor. Habría incluso vomitado de no haber estado rodeada por sus padres y algunos criados.

—Creo que… creo que voy a salir a dar un paseo para despejarme. —Se puso de pie, pero la otra mujer la detuvo con la mirada antes de que tuviera tiempo de dar un paso—. Madre, por favor…

—No puedes salir hoy. Ni recibir visitas. Tienes que descansar para lucir radiante.

—Madre… No puede hacerme esto.

—Por supuesto que puedo, Amalia. Eres mi hija.

—Pero…

—No quiero oír ni una sola palabra más —intervino por primera vez en toda la mañana su padre, que parecía hastiado de aquella

conversación—. Te comportarás como una buena dama y acatarás las decisiones que tu madre y yo tomemos.

Amalia tuvo que tragarse las lágrimas mientras asentía. No podía permitir aquello. No podía consentir que la comprometieran con un hombre al que no había visto nunca. Tenía planes de futuro con Luis y no pensaba dejar que estos se desvanecieran sin oponer resistencia. Mas en aquel momento de nada le serviría protestar. Ya presentaría batalla más tarde.

***

Cuando el invitado llegó, la familia ya le esperaba ataviada con sus mejores galas en el salón. Se pusieron en pie y él se acercó directamente a saludar al marqués, al único que había sido formalmente presentado.

—Es un placer que me hayan invitado a su casa —le dijo.

—El placer es nuestro. Permítame que le presente a mi esposa y a nuestra hija pequeña, Amalia. Queridas, este es el conde de Rueda.

—¿Cómo se encuentra? —lo saludó la mayor—. Espero que esté disfrutando de su estancia en Ronda.

—Mucho. Su hija es muy amable y siempre he mantenido una espléndida relación con mi primo.

—Me alegra mucho saber eso. ¿A ti no, Amalia?

Ella se cruzó de brazos y dibujó una sonrisa tan evidentemente falsa que su madre estuvo a punto de darle un pisotón para borrársela. Pero no pensaba ser agradable con aquel hombre que, a pesar de ser atractivo y tener unos penetrantes ojos claros, debía sacarle veinte años y que la miraba como si estuviera evaluando una futura propiedad antes de adquirirla.

—Oh, por supuesto —masculló—. Nada me alegra más que eso.

El conde sonrió. Ya le habían advertido su primo y su esposa que, quizás, la joven no estuviera muy receptiva, y no podía culparla. Al fin y al cabo era un extraño, pero ya tendrían tiempo para conocerse. Lo importante era que, tal y como le habían prometido, se trataba de una dama muy hermosa y que, con su juventud, probablemente le daría todos los hijos que necesitaba. No pedía nada más. Seguro que se amansaría después de la boda.

—Es un placer conocerla, señorita. Espero que podamos llegar a entendernos.

—Lo dudo mucho.

—¡Amalia! —exclamó su madre, horrorizada por el comportamiento de su hija—. Discúlpela. Hoy no se encuentra demasiado bien.

—No tiene que disculparse. Es refrescante encontrar a alguien tan… auténtico.

—¿Por qué no vamos hacia el comedor? —intervino de nuevo el marqués, tratando de evitar otra metedura de pata de su hija que pudiera arruinar el compromiso—. La cena está a punto de servirse.

Los dos hombres salieron y Cayetana aprovechó para agarrar del brazo a su hija y dedicarle una mirada de advertencia.

—Compórtate como la buena dama que se supone que eres —la reprendió en un susurro—. Ni se te ocurra dejarnos en ridículo. ¿Lo has entendido?

Amalia asintió de mala gana y anduvo hacia el comedor. Se sentó en el asiento que le indicaron, junto al marqués, y, a pesar de lo que le había dicho su madre, se pasó toda la cena de morros, ignorando la conversación e interviniendo únicamente cuando no le quedaba más remedio. Cada vez le disgustaba más aquel hombre que, resultaba evidente, solo buscaba un vientre en el que creciera su heredero. Había perdido hacía unos años a su mujer y ya superaba

con creces la treintena, por lo que necesitaba desesperadamente una nueva esposa que pudiera cumplir con su papel y se convirtiera en un adorno bonito que colgar de su brazo. Puede que fuera un hombre apuesto, pero eso no borraba todo lo demás. Por no hablar del hecho de que no era Luis y que ella solo pensaba desposarlo a él.

Sus padres trataron de suplir su actitud con sus mejores sonrisas y halagos y, por suerte, el conde no pareció molestarse. Se había quedado prendado de la belleza de Amalia, especialmente de sus expresivos ojos que conseguían decir todo lo que se esforzaba por callar, y había decidido que la desposaría lo quisiera ella o no.

—¿Me acompaña usted a fumar? —le preguntó el marqués a su invitado una vez terminaron de comer—. Así podremos hablar con tranquilidad sin importunar a las damas.

Ambos sonrieron. Sabían muy bien de qué iban a hablar y, por suerte, parecían estar en la misma página. Dudaban que, una vez tratada la cuestión económica, les costara llegar a un acuerdo.

—Padre…

Amalia, que también era consciente de lo que pasaría en aquella sala, se puso de pie y le suplicó con la mirada que no le hiciera aquello, que, por favor, no la obligara a casarse con aquel hombre. Mas él la ignoró. No pensaba dejarla intervenir en un asunto de semejante importancia. No volvería a cometer el mismo error dos veces.

—Quédate con tu madre. En seguida nos reuniremos en el salón.

—Pero…

—Amalia, quédate con tu madre —repitió.

Los dos hombres se fueron y Amalia se dejó caer de nuevo en la silla y se cubrió el rostro con las manos. Había temido que le arrebataran a Luis, pero, al parecer, se iba a dar la situación inversa.

Y a ella ni siquiera la habían advertido. No le habían dado la oportunidad de avisarlo para que pudieran prepararse para aquello.

Al día siguiente escucharía, al igual que el resto de la ciudad, que estaba comprometida al conde de Rueda. Y no lo sabría por ella.

—Espero que a partir de ahora cambies de actitud —le dijo su madre—. Tu comportamiento esta noche está siendo inaceptable. Nos estás poniendo en evidencia a tu padre y a mí.

—No puedo creerme que me estén haciendo esto…

—Es un conde y es apuesto. ¿Qué más puedes pedir?

—¡Es veinte años mayor que yo! ¡Un viudo!

—Un viudo sin hijos que necesita un heredero desesperadamente, Amalia. En cuanto se lo des, podrás disfrutar de una vida de riquezas y lujos sin preocupaciones. Serás condesa. Tendrás un título, algo que no tiene Margarita, y que, además, será superior al de tu padre y Eugenia.

—No quiero ningún título…

—No digas bobadas. Por supuesto que lo quieres. Te hemos educado para que ocupes el lugar que te corresponde en la sociedad y nadie mejor que un aristócrata respetable para dártelo, así que tu padre cerrará esta noche los detalles y os casaréis en cuanto sea posible. Unos meses bastarán. Pero si sigues poniéndote así de tozuda… quizás tengamos que adelantarla. El matrimonio te vendrá bien para que aprendas a comportarte y a entender que tienes que cumplir con tu familia y respetarla.

Amalia tuvo que morderse la lengua con todas sus fuerzas para no seguir replicando. Pero si mostrarse conforme con aquello era la única forma de ganar tiempo… lo haría. Aunque por dentro se estuviera consumiendo, aunque solo quisiera gritar al pensar en la posibilidad de que aquel hombre se convirtiera en su marido, resistiría todo lo que hiciera falta y mostraría su mejor semblante.

Aguardaron un rato en silencio en el salón hasta que, tras lo que pareció una eternidad, los dos hombres regresaron sonriendo de tal forma que no había opción a duda. Habían cerrado el trato. Habían comerciado con ella como si no fuera más que un animal o una propiedad.

—Me complace anunciarte, mi querida Amalia, que el conde me ha pedido tu mano y que yo, por supuesto, se la he concedido —anunció el padre de la joven—. Ya hemos llegado a un acuerdo, no debes preocuparte por ello, así que podéis considerados formalmente comprometidos.

Amalia creyó que moriría en aquel mismo instante. Sintió algo perforándole las entrañas y tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no ponerse a gritar y llorar ahí en medio. Pero recordó la amenaza de su madre y se obligó a mantenerse estoica. No pensaba empeorar aún más aquella situación.

—Es todo un honor que su padre me haya concedido el privilegio de convertirla en mi esposa —intervino el conde. Se acercó a la joven y le besó la mano con galantería—. Sé que le parecerá precipitado y no puedo culparla si ahora mismo esto no la complace, pero le aseguro que me esforzaré por ser un buen marido y que le proporcionaré todo lo necesario para que tenga una buena vida.

—Es… —No le pasó inadvertida la mirada amenazadora de su madre, así que tragó saliva y dibujó una sonrisa amable mucho más sincera que las que había compuesto durante la cena—. Es un honor, conde. No le… no le defraudaré.

Sintió cómo la bilis le subía por la garganta al decir aquello, mas logró que nadie la descubriera. De hecho, el hombre incluso le dedicó una mirada complacida tras observarla de arriba abajo de forma poco disimulada.

Parecía encantado con su adquisición.

—Estoy convencido de que no lo hará y, por favor, no me trate con tantos formalismos. Al fin y al cabo pronto seremos marido y mujer, así que puede llamarme Federico.

Ella sonrió de nuevo. Debía romper ese compromiso costara lo que costara.

Capítulo 6

Cuando Luis entró al comedor la mañana siguiente para tomar el desayuno, la noticia ya se había extendido por toda la ciudad y sus padres hablaban de ello sin ningún tipo de disimulo, a pesar de que siempre insistían en que el nombre de aquella familia no podía pronunciarse entre los muros de su hogar.

—Pues la verdad es que me compadezco de ese pobre hombre —decía su madre—. Es evidente que no sabe dónde se está metiendo.

Luis frunció el ceño al escuchar aquel comentario sin ningún tipo de contexto y paseó la mirada entre ambos, tratando de deducir de quién hablaban.

—El marqués se encargó de limpiar el nombre de su hija, como si no hubiera hecho nunca nada malo, como si hubiera sido un ángel sin ningún tipo de falta ni pecado. De saberse la verdad…

Se tensó sin poder evitarlo. Sabía de quiénes hablaban.

—¿Ha pasado algo en la familia del marqués de Arquería? —preguntó con fingida despreocupación. Uno de los criados se apresuró a servirle la bebida y él tomó un sorbo—. Sé que no les gusta que mencione su nombre, mas deduzco que hablan de ellos.

—Sí, esta misma mañana han anunciado de forma oficial el

compromiso de la menor de sus hijas con un conde —le explicó la mujer—. Creo que es familia del marido de su hija mayor.

Luis sintió cómo se le helaba la sangre en las venas. Amalia estaba comprometida. Amalia iba a casarse con un hombre que no era él. Recordó, casi sin querer, la advertencia que le había hecho Mari Paz y que él había preferido no creer. Pero se había hecho real mucho antes de lo que habían podido imaginar y de forma súbita. Y probablemente no solo para él y el resto de la ciudad. Si Amalia no se lo había dicho, si no le había enviado, al menos, una nota para informarle de aquella situación para que no tuviera que enterarse de esa forma, lo más probable era que el compromiso también la hubiera pillado desprevenida.

—Esperemos que no le destroce la vida —siguió insistiendo su madre, ajena a sus pensamientos—. Aunque debo admitir que una parte de mí se siente aliviada.

—¿Y eso por qué, querida?

—Tenemos dos hijos solteros. —Señaló con la cabeza a ambos, que guardaban silencio. Uno porque aquel tema no le interesaba ni lo más mínimo y el otro porque estaba considerando las opciones que tenían a partir de aquel momento—. Así al menos no usará sus malas artes para seducir a uno de ellos y arruinar su existencia como pasó con…

Su madre no pronunció el nombre de Francisco y tuvo que carraspear para deshacer el nudo en su garganta. A menudo aún se le olvidaba que su hijo había muerto asesinado a sangre fría a manos de un bandolero y recordarlo hacía que sintiera cómo un rayo le atravesaba las entrañas.

—No creo que fuera la intención de esa dama, madre —murmuró Luis, incapaz de seguir guardando silencio mientras insultaban de aquella forma al amor de su vida—. Dudo bastante que quisiera

repetir esa trágica historia.

—Nunca se sabe con esas. —Le quitó importancia su madre—. La cuestión es que al menos hemos escapado de ella. Y lo que le pase a ese pobre hombre no es de nuestra incumbencia.

—Desde luego.

Los dos mayores continuaron con aquella conversación y Luis no tardó demasiado en retirarse, harto de escuchar sus comentarios despectivos y preocupado por lo que Amalia y él harían a partir de aquel momento. Justo acababa de abandonar el comedor cuando uno de los criados se le acercó, con una nota en la mano.

—Señor, disculpe, acaban de dejar este recado para usted.

—Muchas gracias.

Prácticamente se lo arrancó de la mano y corrió a refugiarse en la biblioteca para poder leerlo sin que nadie lo molestara o descubriera. Desdobló el papel mientras el corazón amenazaba con escapársele del pecho y leyó aquellas palabras que le dieron un poco de esperanza.

L:

Necesito contarte algo. Es grave. Me han emboscado.

Ojalá hubieras podido saberlo por mí, mas probablemente ya ha corrido la noticia por toda Ronda.

Nos vemos en casa de MP a la hora de la merienda.

Te quiero pase lo que pase.

A

Suspiró. Tal y como había temido, sus padres habían tendido una trampa a Amalia para que no tuviera tiempo de reaccionar. Pero encontrarían una solución. Aquella tarde hablarían del tema y

trazarían un plan.

Al final todo saldría bien.

***

Amalia entró a casa de Mari Paz como si la persiguiera en el mismísimo demonio y se echó a llorar en sus brazos en cuanto estuvieron solas.

—No puedo… no puedo creerme que… que me hayan hecho… esto —repetía una y otra vez—. No… no sé… yo…

Mari Paz chistaba y le acariciaba la espalda con dulzura, tratando de darle un consuelo que, sabía, no podía ofrecerle. A pesar de que prácticamente todos los matrimonios que conocía habían sido orquestados por las familias, el suyo sí que había sido por amor, por lo que no podía entender cómo se sentía. Aunque sabía que si sus padres le hubieran hecho algo así, habría quedado devastada. Especialmente si ya hubiera estado enamorada de Fernando y haciendo planes de futuro con él. Probablemente se le habría roto el corazón de la impotencia.

—¿Y si Luis no viene?

—Claro que lo hará.

—¿Y si está enfadado? Seguro que ya se ha enterado de todo… La noticia ha volado.

—Pero él te conoce, Amalia. Sabe cómo eres y que lo amas con toda tu alma, así que no permitirá que las habladurías lo cieguen. Estoy segura de que acudirá a tu llamada.

—Ojalá Mercedes estuviera aquí —se lamentó la pequeña—. Ella sabría qué hacer. Ella podría ayudarme. Ojalá pudiera hablar con ella para pedirle consejo, mas las cartas tardan tanto en llegar…

Ambas suspiraron. Después de unos años dando tumbos por

Europa, Mercedes y Diego se habían asentado, de forma temporal, en un pequeño pueblo de Italia, por lo que podían por fin hacerle llegar cartas e informarle de cómo les iba la vida. La había sorprendido descubrir que nadie fuera del círculo familiar y de Mari Paz sabía lo que realmente le había sucedido a Francisco y se lamentaba porque sus padres la hubieran repudiado de aquella forma y la hubieran convertido en un ejemplo admonitorio para que sus hermanas no se desviaran ni un milímetro del camino. De haberlo sabido, les habría mentido para poder, al menos, mantener el contacto sin tantos secretismos. Odiaba no poder mandarle una carta a la menor de sus hermanas —que era la única que, a pesar de todo, quería saber de ella— sin que esta tuviera que mentir.

Pero era el precio que debía pagar por su tan preciada libertad.

—No sé si tu hermana es la persona más sabia a la que pedir consejo teniendo en cuenta cómo actuó para escapar de su compromiso.

—Quizás no, pero… algo se le habría ocurrido.

—Eso desde luego. Y a ti también se te ocurrirá. Luis y tú saldréis de esta situación, estoy convencida.

Por fortuna, el hombre no tardó demasiado en llegar. Entró al salón, donde ambas lo aguardaban, y se precipitó al interior para poder abrazar a Amalia, que volvió a sollozar en cuanto sintió sus brazos rodeándola. Mari Paz le dedicó una mirada de ánimos antes de salir, dejándolos solos, y ordenar que nadie entrara en la habitación hasta que ella diera permiso. Ni siquiera el dueño de aquella casa.

—Esto es una catástrofe —murmuraba Amalia—. Es lo peor que podría pasarnos.

—Eh, nada de eso —trató de consolarla él a pesar de que se sentía tan desesperado como ella—. Mientras ambos estemos vivos,

habrá esperanza. Ha sido algo que no esperábamos, mas lograremos vencer.

—¿Cómo? Mis padres quieren celebrar la boda cuanto antes. Mi madre dice que es lo que debo hacer y que tengo que aprender a respetar a mi familia. —Negó con la cabeza—. De no ser imposible pensaría que ha descubierto lo nuestro e intenta castigarme por mi osadía.

—Pero ¿cómo podría…? —Luis dejó la pregunta a medias. De repente recordó algo a lo que no había dado importancia en su momento, pero que podría haber sido clave—. Eugenia.

—¿Qué sucede con mi hermana? —preguntó Amalia, extrañada, separándose de él.

—Eugenia nos vio. Ibas con ella el día que coincidimos en la calle, cuando volvía a casa con mi madre.

Amalia contuvo un grito.

—Me dijo que te había mirado y que, por mi propio bien, esperaba que no fuera así. ¿Crees que pudo decírselo a mi madre?

—Supongo que concertar el matrimonio ya entraba en sus planes y que ese desafortunado comentario ha precipitado todo esto —concluyó él—. Pero no les dejaremos salirse con la suya.

—¿Cómo, Luis? Mis padres son quienes tienen el poder sobre mi vida. No puedo negarme y esperar que me comprendan y rompan el compromiso sin más.

Ambos guardaron silencio, sumidos en sus pensamientos, pensando en posibles escapatorias hasta que él pronunció en voz alta lo único que tenía sentido. Pero también lo más arriesgado.

—Nos fugaremos.

Amalia lo miró cómo si acabara de decir una locura a pesar de que sabía que era su única oportunidad. Si de verdad quería escapar de aquel enlace, tendría que escapar también del férreo control que sus

padres ejercían sobre su vida y de aquella ciudad en la que la habían enjaulado.

—No me mires así —insistió él—. Sabes, al igual que yo, que es nuestra única alternativa.

—Pero ¿qué pasará con tus estudios?

—Los dejaré y me buscaré un trabajo con el que poder sustentar a nuestra familia.

—Tu sueño siempre ha sido ser abogado…

Amalia apartó la vista, tratando de contener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. No quería que él tuviera que renunciar a todo por culpa de la imposición de sus padres.

—No, ese era el de mi familia. —Apoyó una mano en su mejilla, haciendo que lo mirara de nuevo—. Mi sueño eres tú, Amalia.

La besó y, con aquel sencillo gesto, todo pareció sellado. Aún debían trazar el plan, decidir cómo y cuándo huirían, dónde irían y, quizás lo más importante, cómo sobrevivirían los dos solos en un mundo al que ninguno estaba habituado. Habían vivido siempre en burbujas que los alejaban de la gente de a pie, pero estaban a punto de explotarlas para poder vivir su amor con libertad.

Impedirían esa boda costara lo que costara.

Capítulo 7

Los días después del anuncio del compromiso fueron algunos de los más complicados en la vida de Amalia. Tener que actuar con normalidad, fingir que era una novia expectante que estaba preparándose para convertirse en condesa, pretender que no estaba a punto de arrasar por completo con todo para enfrentarse a una nueva vida totalmente distinta a lo que acostumbraba… No sabía cómo era capaz de hacer aquello, y mucho menos de hacerlo con la suficiente credibilidad como para que sus padres no sospecharan lo que realmente sucedía.

Luis y ella habían trazado el plan a seguir y él había escrito ya cartas a varios amigos de la facultad para pedirles asilo durante unas semanas. No querían suponer una molestia, mas sabían que necesitarían un poco de ayuda para empezar de nuevo lejos de todo. Amalia había empezado también a guardar algunas joyas y pertenencias que pudieran vender para conseguir algo de dinero. Si todo salía bien, la siguiente semana huirían, por lo que no podían dejar aquellos detalles para el último momento.

—Amalia, ¿me estás escuchando?

Dio un pequeño salto, sobresaltada, al escuchar la voz de su

madre. No la había ni siquiera oído entrar por lo que, evidentemente, no tenía ni la menor idea de lo que le había dicho.

—Disculpe, madre, estaba algo distraída. ¿Qué me decía?

—Ay, hija, deberías centrarte un poco. Tenemos muchas cosas que preparar para la boda y tú no me prestas ni la más mínima atención cuando intento hablarte de ellas —se quejó la mujer—. Te comentaba que el conde vendrá más tarde a merendar a casa para que podáis conoceros un poco mejor.

Quiso preguntarle si serviría de algo, si cambiaría la situación que intercambiaran unas cuantas frases educadas, pero logró contenerse e incluso fingir una sonrisa amable. Casi los había hecho creer que había aceptado su destino, aunque nada más lejos de la realidad.

—De acuerdo, madre. Me pondré un vestido bonito.

—Eso es, y no hablarás de temas controvertidos. Ni replicarás.

—Por supuesto que no.

—Tienes que demostrarle a ese hombre que serás la esposa adecuada que está buscando.

—Creo que ya ha decidido que lo soy, por lo que dudo que cambie de opinión por dos o tres palabras.

—En cualquier caso, lo mejor será que no te arriesgues. Y, recuerda, si intentas sabotear esto…

—Lo sé —la interrumpió antes de que pudiera repetir unas amenazas que ya tenía demasiado presente—. No debe preocuparse por eso.

Pasaron las siguientes horas preparándose para que todo luciera radiante cuando Federico llegara. Cayetana no quería dejar ni un solo detalle sin cuidar. A pesar de que su marido había cerrado un buen acuerdo, no podían arriesgarse a que algo saliera mal, Amalia siguiera soltera un tiempo y acabara cayendo en las garras de Luis de los Ríos. No le daría la oportunidad de seguir haciéndole daño a

su familia.

Cuando Federico llegó, con puntualidad exquisita y una sonrisa educada dibujada en el rostro, Amalia lo esperaba con la resignación de un condenado a muerte que sabía lo que le esperaba al amanecer. Se puso de pie, lo saludó con educación y recibió sus halagos con el decoro que se esperaba de ella, lo que pareció complacer al hombre y hacerle creer que no había errado en su tiro.

—¿Por qué no nos acompaña al patio? He ordenado que preparen allí la merienda.

—Será un placer.

Los cuatro atravesaron la casa hasta salir a uno de los patios, rodeado de arcos y adornado con una preciosa fuente en el centro. Tomaron asiento alrededor de la mesa de piedra y un par de criados les sirvieron la merienda mientras ellos charlaban del tiempo y otros temas insustanciales. Cuando estos se retiraron unos cuantos pasos, el conde comenzó a hablar de lo que pasaría después de su enlace, haciendo que Amalia se tensara.

—He mandado preparar las habitaciones de la condesa en la casa —empezó a decirle—. Huelga decir que, una vez formalizado el matrimonio, podrá decorarlas como le plazca. Podrá pedir todo lo que desee y yo se lo concederé.

—Es muy amable por su parte —murmuró ella, con la mirada fija en su té—. Aunque seguro que son preciosas.

—Las decoró mi difunta esposa que, a pesar de sus muchas virtudes, no era seguidora de las últimas modas y tendencias por lo que, quizás, le resulten anticuadas a alguien de su edad.

—Dudo que su esposa fuera tan mayor como para no coincidir en algunos gustos con ella.

—Aun así tendrá plena libertad para cambiar y añadir lo que desee. Y eso incluye, por supuesto, los jardines y la biblioteca. Es

bastante completa, llevamos generaciones encargándonos de ella, pero, si hay algún título que desee adquirir, me pondré manos a la obra cuanto antes.

—Debo admitir que no soy demasiado aficionada a la lectura —confesó, aunque no añadió que sus padres le prohibían leer por placer puesto que estaban seguros de que había influido de forma negativa en su hermana.

—Es solo una pérdida de tiempo que pervierte la delicada mente femenina —explicó su padre—. Amalia es una dama bien instruida, por supuesto, mas en esta casa no apoyamos cierto tipo de obras.

—Algo más que comprensible. Yo también considero que las señoritas tienen cosas más importantes de las que ocuparse en su día a día, aunque creo que las novelas son un pasatiempo inofensivo. Dudo que, en su justa medida, puedan corromper una mente bien formada. No vivimos en el Quijote.

Amalia contempló a aquel hombre con una incipiente curiosidad. A pesar de que no había cambiado de opinión, y que no pensaba ceder y casarse con él, le gustaba que respondiera a sus padres de aquella forma, como si no les tuviera ningún miedo. Era refrescante encontrar a alguien que no les temía.

—¿Por qué no le mostramos al conde los jardines, Amalia? —sugirió Cayetana, algo incómoda por aquella conversación—. Estoy convencida de que le encantarán. Son magníficos.

—Sí, por supuesto. —La joven se levantó—. Sígame, Federico.

Los dos comenzaron a caminar seguidos, a unos pasos de distancia, por los padres de la joven. Era evidente que, a pesar de que sabían que debían escoltarlos para comprobar que no atentaban contra el decoro ni hacían comentarios poco apropiados que pusieran el enlace en peligro, querían darles su espacio para que pudieran conversar y conocerse algo mejor.

—Este lugar es precioso sin duda —comenzó él mientras atravesaban los cuidados árboles—. Tiene mucho… encanto.

—Desde luego. Especialmente al anochecer.

—Oh, si le gustan los atardeceres, disfrutará mucho de los de su futuro hogar. No es por quitarle mérito a estos, ni por actuar como un presuntuoso, pero son los mejores de toda la comarca.

—Seguro que lo son.

Amalia suspiró y el hombre aprovechó aquellos segundos en los que la joven pareció sumirse en sus pensamientos para observarla de forma detenida. Había algo en la forma en la que lo miraba que le decía que ocultaba algún tipo de secreto. No se trataba solo del rechazo a aquel compromiso, sino de algo aún mayor.

Aunque esperaba que, fuera lo que fuera, se le pasara una vez se convirtiera en su esposa y madre de sus hijos y herederos.

—Amalia, me gustaría que pudiéramos llegar a entendernos más allá de las obligaciones propias de un matrimonio —le dijo—. Espero algo muy específico de usted, como ya podrá imaginarse, pero no me gustaría que nuestra relación se limitara a eso. Sé que sus padres la están obligando a esto, mas… no será tan malo como ahora mismo cree. Se lo aseguro.

Ella se limitó a sonreír y continuar con su paseo. Prefería no responder a seguir mintiendo a aquel hombre que, pese a todo, no parecía tener mal fondo. Quizás, si no hubiera estado enamorada de Luis, no se habría resistido tanto a aquel enlace. Al fin y al cabo, parecía dispuesto a darle todo lo que necesitara para sentirse cómoda. Mas en su situación, ni siquiera podía considerarlo. Daba igual lo agradable que él fuera con ella: el enlace no podía celebrarse.

Terminaron de enseñarle los jardines y regresaron, de nuevo, al interior de la casa donde conversaron un rato más hasta que se hizo

tarde y Federico se marchó, alegando que su primo y Eugenia lo esperaban para la cena. Amalia se excusó entonces diciendo que estaba exhausta después de aquella merienda y se encerró en su dormitorio.

En cuanto estuvo sola, se dejó caer en la cama, se cubrió la boca y lanzó un pequeño grito para liberar toda la tensión y el estrés.

Estaba contando las horas para poder dejar de fingir y ser libre.

Capítulo 8

El día de la fuga llegó y Amalia, que aún trataba de actuar con normalidad, salió esa mañana de su casa fingiendo que iba a dar un paseo, aunque su destino era otro muy distinto.

—No entiendo por qué le ha mentido a su madre —la reprendía su doncella, nerviosa—. Nunca le ha impedido visitar a su amiga.

—No quiero que piense que nos traemos algo entre manos.

—¿Y lo hacen? —La joven sintió una punzada en el pecho al ver que la otra no respondía. Llevaba un tiempo sospechando que Amalia tramaba algo y aquella actitud no hacía más que confirmárselo—. Señorita, ¿por qué la visita tanto últimamente?

—No es necesario que lo sepas —zanjo la conversación—. Y ahora date prisa. Ya deben estar aguardándonos.

Cuando llegaron a casa de Mari Paz, Amalia la mandó con los criados, como siempre hacía, y se reunió con la dueña de la casa en el jardín.

—Por fin ha llegado el gran día —le dijo la mayor en cuanto se hubo asegurado de que estaban solas—. ¿Estás nerviosa?

—Bastante. No sé cómo Mercedes pudo hacerlo sin que nos percatáramos.

—Creo que ella no lo meditó tanto como vosotros. —Mari Paz suspiró. Había algo que llevaba un tiempo queriendo decirle a Amalia, pero no había encontrado el momento apropiado. Y, teniendo en cuenta que estaba a punto de emprender su marcha, tendría que ser aquel—. Hablando de tu hermana, ¿no crees que, quizás, deberías contarle a Luis la verdad?

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo e incluso apartó la mirada.

—¿A qué te refieres? —murmuró, haciéndose la tonta. Sabía perfectamente de qué hablaba Mari Paz, mas prefería fingir que no era así.

—No te hagas la tonta, Amalia. Ambas sabemos que no podéis dejarlo todo atrás y comenzar una nueva vida con un secreto tan grande sobrevolando vuestras cabezas.

—Mari Paz…

—No, escúchame —la interrumpió—. Entiendo los motivos por los que no has querido contárselo hasta ahora y que quieres, ante todo, proteger a Mercedes. Pero Luis va a dejar atrás toda su existencia y el futuro que ya tenía planeado por ti, para poder pasar el resto de sus días a tu lado. ¿No crees que merece saberlo? Él quería a su hermano igual que tú quieres a tu hermana. Tiene derecho a saber la verdad. Tiene derecho a conocer sus últimos momentos de vida.

La menor se mordió el labio con fuerza mientras negaba con la cabeza. ¿Cómo iba a hacer algo así? Era una locura, algo que podría desencadenar el mayor de los desastres.

—No puedo hacerlo —susurró—. ¿Y si se enfada y decide abandonarme? ¿Y si se lo cuenta a todo el mundo y la reputación de mi hermana queda empañada para siempre? Ahora mismo sigue teniendo la oportunidad de regresar a España, pero si se supiera la verdad… la condenarían nada más poner un pie en esta tierra.

—Luis no la delatará y dudo que decida romper sus lazos contigo.

Te quiere sin importar vuestras familias ni la historia que compartís. Sin embargo, cuanto más tiempo guardes el secreto, más duro será el golpe para él. Y entonces sí que tendrá todo el derecho del mundo a estar enfadado porque habréis cimentado vuestra vida en común sobre una mentira inmensa.

Amalia no respondió, pero acabó por asentir con lentitud. Por mucho que le costara admitirlo, sabía que aquello era cierto. Era imposible mantener aquel secreto hasta la tumba, por lo que en algún momento acabaría por enterarse y se sentiría herido por no haberlo descubierto antes.

—Está bien —accedió—. Se lo contaré hoy mismo. Quiero empezar esto bien y, si es necesario revelarle la verdad, lo haré.

Cuando Luis llegó y Mari Paz los dejó solos, Amalia logró armarse de valor y, tras compartir un tierno beso, le pidió que tomara asiento puesto que debían tratar un asunto importante. Él, que temió que ella hubiera decidido echarse atrás, se apresuró a sentarse y le tendió las manos para poder estrechárselas. Ella titubeó unos instantes, aunque se obligó a recordarse a sí misma que aquello era necesario para que el resto saliera bien. Era el precio a pagar por su futura felicidad.

Así que le estrechó las manos y empezó a relatarle lo que había sucedido. Le habló de la primera carta que recibieron, del silencio impuesto por sus padres, de cómo Mari Paz se encargaba de mantener el contacto entre ambas. Y, por supuesto, también le contó lo que sucedió aquel trágico día.

—Francisco quería obligarla a volver —susurró. Luis estaba blanco, mudo, tratando de asimilar lo que estaba oyendo y que estaba a punto de cambiar todo lo que había creído desde hacía años—. Discutieron, forcejearon… y al caer al suelo se golpeó con una piedra en la cabeza. Mercedes dice que fue instantáneo, que cuando quiso

socorrerle, él ya… ya no… No había nada que hacer. Justo entonces llegaron los guardias, así que Diego la subió al caballo y se la llevó, tratando de impedir que la encontraran y la acusaran de un delito que nunca quiso cometer.

Él no contestó y ella, sintiendo una opresión en el pecho, se agachó frente a él y apoyó las manos en sus mejillas para que tuviera que mirarla.

—Fue un accidente, Luis. Mercedes nunca quiso hacerle daño. Ella solo quería ser libre.

—Pero… lo mató —murmuró finalmente—. Y tú lo sabías y no has dicho nada.

—Tenía que protegerla, Luis, y protegerme también a mí misma. ¿Te imaginas el escándalo que se habría desatado si se hubiera descubierto la verdad? El nombre de mi familia habría quedado manchado para siempre.

—Sí, lo comprendo, pero, ¿qué hay de mí? ¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Por qué me has dejado creer todo este tiempo que nuestros hermanos se amaban y que fue el destino lo que truncó su felicidad?

—Porque no sabía cómo contártelo y porque temía que decidieras dejarme. Me daba miedo que esto fuera demasiado como para poder soportarlo y que nuestro futuro se hiciera añicos.

—Amalia… —Luis suspiró y negó con la cabeza. Aquello le había dolido muchísimo y tardaría un tiempo en asimilarlo, mas no cambiaba ni un ápice lo que sentía por ella—. Solo me duele que hayas tardado tanto en confiar en mí.

—Confío en ti, mas… era complicado.

—Lo sé. Es algo que remueve viejas heridas que aún no han cicatrizado. Saber que Francisco murió por accidente, que no fueron un grupo de bandidos quienes acabaron cruelmente con su vida es…

extraño. Estos últimos años todo el mundo no ha hecho otra cosa que alabar el valor de mi hermano, que entregó su vida por salvar a su prometida de un cruel destino, y resulta que nada de eso es verdad, que murió discutiendo con ella porque no quería regresar a su lado, porque quería evitar su enlace a toda costa.

—Mercedes es buena, Luis. Solo fue mala suerte.

—Tardaré un tiempo en asimilar todo esto, tienes que entenderlo.

—Lo hago. Así que… ¿no ha cambiado nada entre nosotros?

Luis vio el miedo reflejado en los ojos de aquella mujer por la que estaba dispuesto a dejar atrás toda su vida y no pudo hacer otra cosa más que asentir y abrazarla. Al fin y al cabo, ella no era responsable de lo que había hecho su hermana en el pasado. Le dolía saber que Francisco había muerto por ella, pero no podía culpar a Amalia de los pecados de otra persona. Además, aunque había tardado un tiempo, había confiado en él y se lo había confesado. Podría haber guardado aquel secreto eternamente, pero había decidido compartir la carga con él.

No podía enfadarse con Amalia por ello.

Necesitaría un tiempo para asumir lo que había sucedido, pero eso no cambiaba sus sentimientos.

—Por supuesto que no —murmuró—. Nada ni nadie hará que deje de quererte.

—¿Siguen en pie los planes, pues?

Ella rompió el abrazo para poder mirarlo y Luis asintió.

—A medianoche te esperaré a las afueras con los caballos listos para no levantar sospechas. Aunque, si lo prefieres, puedo ir a buscarte a casa.

—No, alguien podría despertarse y nos descubrirían. Es más seguro que nos reunamos allí.

—Mi amigo nos acogerá en Granada mientras encontramos una

forma de sustentarnos. Ya ha hablado con un párroco que ha aceptado casarnos.

—En pocos días seremos marido y mujer. —Amalia dibujó una sonrisa que contrastaba con la tensión que parecía haber invadido el ambiente apenas unos minutos antes—. No sabes cuantísimas ganas tengo de eso.

—Las imagino porque las comparto. —Se besaron de nuevo antes de ponerse de pie—. Vamos a lograrlo, Amalia. Esta noche seremos libres. Se acabaron los secretos, la distancia y las amenazas. Por fin podremos ser solo tú y yo.

Regresaron a la casa para despedirse de Mari Paz, dándole las gracias por lo muchísimo que los había ayudado durante aquellos años. No habrían podido llegar hasta allí sin ella. Jamás habrían podido amarse de no haber sido por su protección.

—Escribidme cuando estéis sanos y salvos, ¿de acuerdo? —les pidió. Una parte de ella se alegraba muchísimo de aquello porque sabía todo lo que habían luchado para poder estar juntos, pero otra estaba aterrada por lo que estaban a punto de hacer. Una vez se marcharan aquella noche, ya no habría vuelta atrás. Solo esperaba que todo les fuera bien y que pudieran encontrar la más absoluta de las felicidades allá donde fueran—. Y cuidaos mucho.

—Tú también. —Amalia la abrazó con fuerza—. No sé qué habría hecho todos estos años sin ti. Eres como una hermana, ya lo sabes. Has cuidado de mí más que mi propia familia y me has ayudado siempre sin importar lo que pudiera suceder. Has sido una grandísima amiga y solo espero que la vida siempre te sonría y que tanto tú como tus niños y tu esposo seáis siempre felices. Y, por favor, envíale mis señas a Mercedes. Ahora que por fin me libro del yugo de mis padres, podremos cartearnos sin intermediarios ni miedo. ¿Quién sabe? Quizás incluso podamos volver a vernos en

algún momento, aunque… —Miró de reojo a Luis, que se había tensado al escuchar el nombre de la otra mujer. Iba a necesitar mucho tiempo para asimilarlo y muchísimo más aún para aceptar ver a la persona responsable de la muerte de su hermano, por mucho que se hubiera tratado de un accidente—. Aún es pronto para eso.

—Lo haré, no te preocupes.

—Lo mejor será que me marche yo primero para que no nos vean juntos. No podemos arriesgarnos a que nuestros planes se estropeen en el último momento —dijo Amalia—. Nos vemos en unas horas, mi amor.

—Nos vemos en unas horas.

Compartieron un último beso y Amalia abandonó, por la que suponía que sería la última vez en su vida, aquella casa. Anduvo junto a su doncella hasta su hogar y se dedicó a fingir durante el resto del día que no sucedía nada extraordinario. Aunque tenía una auténtica colonia de mariposas revoloteando en su estómago.

Se fue a dormir pronto, fingiendo un dolor de cabeza, y se apresuró a guardar algunas pocas cosas más. No quería olvidarse nada puesto que sabía que, una vez saliera de allí, no podría volver a entrar. Su nombre quedaría manchado para siempre y caería en desgracia por fugarse con un hombre al que no estaba prometida. Por suerte era la única soltera de sus hermanas, que habían hecho buenos matrimonios, por lo que todos acabarían por olvidarse de aquello y no repercutiría de forma negativa en su familia. Sería solo una anécdota, un nombre que se mencionaría para asustar a las siguientes generaciones y tratar que no se alejaran de la senda correcta.

Aguardó lo que le pareció una eternidad hasta que el reloj marcó las doce menos diez y supo que había llegado la hora de partir. Miró su dormitorio por última vez, con una sensación de nostalgia

oprimiéndole el pecho. A pesar de todo lo que había sucedido durante aquellos últimos años y el férreo control que sus padres habían ejercido sobre su vida, echaría de menos aquel lugar. Se había criado allí, había pasado muy buenos momentos entre esas cuatro paredes. Las extrañaría sin dudas.

Dejó sobre su tocador la carta que había escrito explicando su marcha, cogió sus cosas, abrió la puerta con sigilo para no alertar a nadie… y no pudo evitar un grito al ver, frente a ella, a sus padres.

—No puedo creerlo —murmuró su madre. La miraba con desprecio, como si tuviera frente a ella a la más horrenda de las criminales. Como si acabara de cometer algún acto abominable que no mereciera perdón—. No puedo creerme que esto sea cierto.

—Madre…

Las campanas de la iglesia comenzaron a repicar, indicando que ya había llegado la medianoche.

Pero Amalia sabía que no llegaría a su cita.

Capítulo 9

Apenas tuvo tiempo de reaccionar después de aquello. Intentó pronunciar una excusa, decir que salía un momento a tomar el aire, mas no le dieron la oportunidad. Tanto su padre como su madre empezaron a gritarle, a llamarla de formas que jamás se imaginó oír de sus bocas, a acusarla de ser una deshonra, una desgracia para la familia.

—¡Huyendo en mitad de la noche como una cualquiera! —Su madre la sujetó del brazo con tanta fuerza que Amalia dejó caer todo lo que llevaba en las manos. Trató de librarse de su agarre, pero la mayor hizo más fuerza para que no lo lograra—. Eres una desagradecida, una ingrata. ¿De verdad pensabas que no íbamos a enterarnos de tus planes?

—Madre, yo…

—Luis de los Ríos no se llevará a una de mis hijas, que te quede bien claro. Preferiría verte recluida en un convento para el resto de tus días antes que en brazos de ese despreciable —siguió diciendo ella, fuera de sí—. Iría a matarlo con mis propias manos para librarme de esa plaga de una vez, mas soy una dama de buena educación. Una mucha mejor de la que, al parecer, te hemos

brindado a ti.

Durante unos segundos Amalia consideró la posibilidad de negar todo aquello, aunque en seguida comprendió que no serviría de nada, así que hizo la pregunta que le rondaba por la mente desde que los había visto al otro lado de su puerta.

—¿Cómo se han enterado?

—Gracias al cielo tu doncella ha tenido un momento de cordura y nos lo ha contado todo. Nos ha confirmado lo que tu hermana ya temía: que había algo entre ese de los Ríos y tú. Nos ha dicho que la amenazaste para que no contara nada, que tenía miedo de confesárnoslo, pero que había decidido hacerlo porque estabas a punto de cometer un acto terrible que podría acabar con tu reputación y la de toda esta casa.

Amalia se sintió traicionada, aunque no podía fingir que aquello la pillaba por sorpresa. Su doncella le había expresado su desacuerdo en múltiples ocasiones, así que no le extrañaba que hubiera decidido venderla para conservar su puesto. Probablemente habría escuchado algo aquella tarde y había decidido actuar antes de que fuera demasiado tarde.

—Eres una desagradecida, pero no creas que vas a salirte con la tuya.

En la mirada de la mayor había un brillo que hizo que Amalia se estremeciera. No sabía qué iba a pasarle, pero sabía que no sería agradable.

—Madre, por favor, déjeme marchar. Luis me aguarda…

—Que aguarde, pues. Que aguarde durante toda la eternidad porque tú no vas a llegar nunca a su lado.

—Madre…

—Vas a casarte con el conde de Rueda lo quieras o no. Te arrastraré yo misma a la iglesia si es necesario.

—Por favor, no me haga eso —le suplicó. Trató de soltarse de nuevo de su agarre, pero la mayor no cedió ni un ápice—. No me obligue a desposarlo. Se lo imploro.

—Deja de comportarte como una cualquiera —le ordenó—. Eres una dama de la nobleza, Amalia. Te hemos educado para que cumplas con tu papel en la sociedad y, ahora que ha llegado el momento de hacerlo, no permitiremos que nos dejes en ridículo. Te convertirás en esposa y madre de los hijos del hombre que nosotros consideremos adecuado.

—Pero no le amo.

—¿Amor? ¿Quién necesita amor? ¡El matrimonio es demasiado importante para dejar que algo tan volátil lo decida!

—Tu madre y yo ya hemos tomado una decisión inamovible —intervino por primera vez su padre. Estaba tan decepcionado y enfadado por haber permitido que aquello pasara por segunda vez bajo su techo que ni siquiera la miraba—. Adelantaremos la boda para terminar con esto cuanto antes.

—Padre…

—Y, para asegurarnos de que no tengas oportunidad de huir —siguió diciendo, ignorando su súplica—, te hospedarás en el convento de las Clarisas, del que solo saldrás para el enlace.

—¿Qué? ¡No!

Amalia comenzó a forcejear con más fuerza. No podía consentir que la retuvieran dentro de un convento. De su casa podría haber tratado de escapar o Luis podría haber intentado entrar para salvarla, pero sabía que los muros de aquel lugar eran infranqueables. Ni él podría llegar hasta ella, ni ella podría reunirse con él. La tendrían constantemente vigilada, entre rezos por su futuro enlace y bordados de su ajuar, para liberarla minutos antes de entregarla en sacrificio.

—¡Deja de moverte! —Su madre bufó exasperada e hizo una señal con la mano que tenía libre. Dos de los trabajadores de la casa bastante fornidos irrumpieron en el dormitorio y se aproximaron a ella—. Por Dios, Amalia, pareces una salvaje.

La sujetaron entre los dos y la elevaron del suelo mientras ella pataleaba y gritaba que la dejaran, que no pensaba desposar al conde y que no permitiría que la obligaran. La sacaron del dormitorio, seguida de sus padres, que cada vez estaban más avergonzados por su inapropiado comportamiento. Habían oído historias de damas que se negaban a aceptar sus compromisos, mas dudaban de que fueran tan tercas como su hija. Seguro que ellas habrían acabado cediendo sin armar semejante espectáculo bochornoso.

—¿Quieres callar de una vez? —le dijo su madre cuando estaban a punto de salir por la puerta—. Vas a despertar a toda la vecindad. ¡Y a saber qué pensarán de nosotros!

Aquello no hizo más que impulsarla a alzar más la voz, a gritar más alto. Quería que todos se enteraran de lo que estaba sucediendo. Quería que todos supieran que sus propios padres la estaban llevando a rastras para encerrarla en un convento. Quería que aquello llegara a oídos de Luis, que supiera que había luchado con uñas y dientes por reunirse con él aquella noche y que, si no lo había hecho, había sido solo porque se lo habían impedido. Así que gritó una y otra vez que la dejaran, que no pensaba casarse con el conde, que amaba a Luis de los Ríos y solo se convertiría en su esposa hasta que, hartos de escucharla, acabaron por cubrirle la boca y le impidieron hablar hasta que llegaron al convento.

Una novicia que debía ser poco mayor que Amalia y que aún no había hecho voto de clausura les abrió la puerta principal del edificio y los condujo hasta la celda que ya habían preparado. Miraba de

reojo a la joven con pesar, casi con pena, mientras ella seguía retorciéndose en un vano esfuerzo de librarse de sus captores.

—¿Es necesario sujetarla de esa forma, señora? —se atrevió finalmente a preguntarle a la marquesa—. Creo que le están haciendo daño.

—Créame cuando le digo que yo soy la primera en contra de esto, hermana, mas es la única forma de hacerlo. No ha querido cooperar, así que no nos ha dejado alternativa.

Los dos hombres la arrojaron de malas maneras contra la cama y salieron de la habitación, aunque, antes de que Amalia pudiera reaccionar y seguirlos, su madre se apresuró a cerrar la puerta y echar la llave.

—¡Dejadme salir! —gritó la joven, golpeando la madera con todas sus fuerzas—. Madre, por favor, por favor, se lo suplico. Déjeme salir de aquí.

—Esto es por tu bien —respondió ella—. Podrás salir el día de tu boda. Y lo harás con una sonrisa, ilusionada por el futuro que te espera como esposa del conde de Rueda.

—No, por favor, por favor… —siguió pidiendo ella.

Golpeó la puerta hasta quedarse sin fuerza, gritó hasta que se le apagó la voz, mas nadie respondió a sus llamadas. La furia que sentía se fue tornando en desesperanza. ¿Y si aquello no servía para nada? ¿Y si no conseguía escapar de allí? El fuego que había recorrido sus venas se fue apagando y, al final, solo quedaron cenizas y frío.

El frío más helado y aterrador que Amalia había sentido en toda su vida.

—Madre, por favor —susurró mientras se dejaba caer al suelo. Dio un último golpe antes de cubrirse la cara con las manos. Había comenzado a llorar—. Lo siento. Lo siento mucho. Pero déjeme salir

de aquí, se lo ruego.

Nadie respondió. Hacía rato que los marqueses, cansados de los gritos de la menor de sus hijas y conscientes de que no se calmaría, habían regresado a su casa dejándola en manos de aquellas monjas que escuchaban, compungidas, los gritos y lloros de aquella desdichada. No era la primera señorita de buena familia que acababa ahí encerrada por su comportamiento, en espera de cumplir con su castigo, por lo que estaban acostumbradas a oír sus llantos. Pero ninguna de ellas había gritado como Amalia Díaz de Medina y Quevedo. Ninguna había lanzado semejantes alaridos, ni había pasado tanto tiempo aporreando la puerta.

—Pobre niña —le dijo sor Caridad, la cocinera, a sor Ángela, la joven novicia que había recibido a Amalia. La menor estaba tan inquieta después de lo que había presenciado que había tenido que levantarse para prepararle una tisana—. Debe de ser terrible estar tan enamorada de alguien y no poder estar con esa persona.

—¿Es cierto lo que cuentan de esas dos familias? —preguntó la otra con curiosidad. A pesar de llevar apenas unos meses en Ronda y de estar recluida en aquel convento, había oído los rumores—. ¿Realmente se desprecian tanto?

—Así es. Jamás permitirán que esta niña se case con un hombre de esa familia. Dará igual lo mucho que patalee y grite: nunca le permitirán desposar a un de los Ríos.

—¿Y por qué casarla con otro? —Suspiró. Jamás comprendería cómo unos padres podrían obligar a su hija a pasar el resto de su existencia con alguien a quien no quería—. Podría permanecer soltera o unirse a una congregación.

—Supongo que por miedo a lo que pudiera pasar. Nosotras solo sabemos lo que hemos oído y lo poco que ellos nos han contado: que necesitaban que la guardáramos para asegurarse de que llegaba

de una pieza al matrimonio. Mas no sabemos qué les ha llevado a pensar que corría peligro en su hogar. Quizás la descubrieron en una situación comprometida.

—¿Usted cree?

—Todo es posible.

—Ojalá pudiéramos ayudarla…

Sor Caridad enarcó una ceja al escuchar aquello. Sabía que no debían interferir —mucho menos si tenían en cuenta la cantidad de dinero que ese matrimonio había donado al convento para que se hicieran cargo de Amalia—, pero había algo en los gritos de aquella señorita que le impedía quedarse de brazos cruzados.

—Quizás sí que podamos hacer algo. —Sor Ángela le dedicó una mirada extrañada al escuchar aquello, pero la otra le hizo un gesto para pedirle que mantuviera la calma—. Tiempo al tiempo, querida. Puede que todavía podamos hacer algo para echarle una mano a esa pobre niña.

Capítulo 10

Amalia pasó días encerrada entre aquellas cuatro paredes en las que temía volverse loca. No había nada dentro de aquella habitación —probablemente para evitar que se hiciera daño a sí misma o a otra persona— y la ventana estaba tapiada —para que no tratara de escapar o lanzarse al vacío—, por lo que no podía entretenerse y las horas pasaban con una lentitud exasperante entre rezos, súplicas para que la dejaran salir, llantos y la más cruel de las resignaciones. Solo veía a sor Ángela, la novicia, cuando le subía las comidas, pero apenas habían interactuado. Aunque al menos no la trataba con la condescendencia que cabría esperar de alguien en su situación.

Todo transcurrió con calma hasta que, en su cuarto día de cautiverio, sor Ángela, en lugar de dejarle su plato y esperar en silencio hasta que terminara, se sentó sobre la cama. Amalia enarcó una ceja, extrañada, aunque no dijo nada. Aguardó con curiosidad hasta que, por fin, la otra habló.

—Hemos estado trazando un plan.

—¿Disculpe?

Amalia estaba cada vez más confusa. No había entendido ni una sola de las palabras que habían salido de la boca de la monja a

pesar de que le había hablado en su mismo idioma.

—Sabemos que no debemos intervenir en estos asuntos y que sus padres solo quieren, supuestamente, su bienestar, mas no podemos quedarnos de brazos cruzados viéndola sufrir así.

—¿Van a… van a ayudarme? —susurró, aún tratando de asimilar lo que estaba oyendo.

—Eso es.

—Pero ¿por qué harían algo así? Mis padres han debido ser muy generosos.

—Oh, desde luego que lo han sido, pero hay cosas mucho más valiosas que el dinero. La libertad y la integridad lo son, por ejemplo. Y nosotras queremos que tenga la posibilidad de ser libre.

Se le iluminaron los ojos al escuchar aquello. ¿Sería posible o solo una trampa para hundirla aún más? ¿De verdad aquellas desconocidas, aquellas mujeres que no sabían nada del amor más mundano y carnal, estaban dispuestas a enfrentarse a la ira de sus padres y el conde para ayudarla?

—Ese chico viene todos los días, ¿sabe? Por lo que he oído, se enteró de lo sucedido, como todo el mundo en la ciudad. Estaba aguardándola con los caballos ya listos y vino directamente aquí, aunque nadie lo dejó entrar. Se lo llevaron sus padres casi a rastras al amanecer, pero ha regresado cada mañana. Lama al timbre, aporrea la puerta… Incluso intentó saltar el muro el otro día y a punto estuvo de acabar detenido. Es un milagro que no se haya enterado con todo el jaleo que arma.

—¿De verdad hace eso?

—De verdad. Se nota que está completamente enamorado de usted y que está dispuesto a todo por salvarla de ese matrimonio forzado. Así que les echaremos una mano.

—¿Cómo?

—Le dejaremos pasar y les permitiremos salir a los dos juntos al abrigo de la noche, aunque tendrán que fingir que lo han hecho a nuestras espaldas.

—Creía que mentir era un grave pecado.

—Lo es, pero… es por un bien mayor. —Ángela sonrió al decir aquello—. Creo que el Señor podrá perdonarnos.

—Sí, yo también lo pienso. —Amalia le devolvió el gesto. Aún le costaba asimilar todo lo que estaba sucediendo, mas era real—. No sé cómo podré agradecerles esto. Me salvan la vida.

—Paso a paso. Nosotras haremos todo lo que podamos para que puedan reencontrarse y escapar de esta casa, pero aún no debe cantar victoria. No debería hacerlo hasta estar lejos de estos muros. Y ahora almuerce, vamos. Tengo que regresar a mis quehaceres y no podré hacerlo hasta que usted se haya terminado ese plato.

Amalia lo hizo sin rechistar por primera vez. No pensaba arriesgarse a enfadarlas y que cambiaran de opinión. Así que comió y permaneció en su celda recluida sin hacer el más mínimo ruido, perdida en sus pensamientos, hasta que una visita inesperada la interrumpió.

La novicia abrió la puerta mucho antes de la hora de la cena y Amalia se incorporó en la cama.

—¿Está aquí Luis? —le preguntó a bocajarro, sin ningún tipo de saludo.

—No, señorita —respondió la otra—. Pero tiene otra visita. Acompáñeme al torno.

—¿Quién es? Porque si se trata de mis padres, no pienso…

—No son los marqueses —la interrumpió—. Venga conmigo. Vamos.

Amalia titubeó, aunque acabó por asentir y abandonar, por primera vez en días, aquella pequeña y aséptica habitación. Recorrió

los pasillos por los que la habían arrastrado y en los que apenas se había fijado aquella noche hasta llegar frente al torno que las monjas usaban para comunicarse con el exterior sin romper su voto de clausura.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó en cuanto Ángela la dejó sola.

—Soy Federico. Me alegra poder oír que se encuentra bien.

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo. ¿Por qué había ido ese hombre hasta allí? ¿Se estaba regocijando en su desdicha? ¿Lo hacía para que no se le olvidara —como si alguien fuera a dejar que lo hiciera— que dentro de poco se convertiría en su esposa?

—¿A qué… a qué ha venido? —le preguntó en voz tan baja que temió que él no pudiera escucharla.

Aunque sí que lo hizo.

—Quería saber cómo se encontraba. Me enteré de todo lo que sucedió.

—Supongo que eso no hizo demasiado felices a mis padres.

—Supongo que no, mas no pudieron contener el escándalo. Montó un buen jaleo, Amalia.

—Quería dejar bien claro a todos los habitantes de esta ciudad que estoy aquí encerrada en contra de mi voluntad.

—Les ha quedado claro, no se preocupe por eso. No se habla de otra cosa. Todos saben que intentó huir con Luis de los Ríos para evitar nuestro enlace.

—No es nada personal contra usted, Federico. Es solo que amo a Luis y él a mí y queremos pasar el resto de nuestros días juntos.

Suspiró al terminar su explicación. Quizás aquellas palabras sumadas a todo aquel alboroto hacían que el conde se replanteara el enlace. A lo mejor, si él cancelaba la boda, tendría vía libre para irse con Luis. Al fin y al cabo, sus padres ya estaban decepcionados, por lo que podía que la dejaran escapar sin oponer ningún tipo de

resistencia ni tener que arriesgarse con planes secretos.

Aunque él no tardó en acabar con sus esperanzas.

—Me temo que eso no será posible. A pesar de lo sucedido, nuestros planes siguen hacia delante. Entiendo que es difícil dejar atrás un amor de juventud, mas estoy más que dispuesto a desposarla.

—Pero ¿por qué yo?

—Porque creo que es una buena opción. Y la haré muy feliz, no se preocupe. Sé que tardará un poco, mas llegará a olvidarse de ese hombre y disfrutará de una vida plena a mi lado.

—Así que ha venido solo a recordarme que me convertiré en su esposa.

—Y a saber cómo está. Espero que las hermanas la estén tratando bien. No me gustaría saber que están desatendiendo a una futura condesa.

—Me están tratando de maravilla, no se preocupe —se apresuró a defenderlas. Eran las únicas personas dispuestas a ayudarla, así que no permitiría que se las cuestionara en su presencia—. Son muy buenas conmigo.

—Me alegra saber que estará bien cuidada hasta que llegue nuestro momento. Espero que estos días le sirvan para reflexionar y ordenar sus ideas. Nos veremos en el altar.

Amalia sonrió. No sería fácil, pero no permitiría que aquello sucediera. Aun así optó por mentir. Prefería que se llevara una sorpresa al no verla llegar a la boda o al oír, cuando la noticia se extendiera por Ronda, que había logrado huir lejos de allí con Luis.

—Nos veremos en el altar.

Capítulo 11

Luis llegó a la puerta del convento, como cada mañana, aunque en lugar de dirigirse al torno para reclamar a gritos que le dejaran ver a Amalia —como también hacía cada mañana—, comenzó a bordearlo en busca de la puerta trasera. La tarde anterior había recibido una nota firmada por una supuesta novicia en la que le pedía que se reuniera con ella en aquella entrada oculta que usaban para abastecerse de algunos víveres básicos. No le había dado ningún tipo de explicación, ni dato, mas él no iba a desaprovechar aquella oportunidad. Si alguien de dentro quería hablar con él, no pensaba dejarla plantada y perder la que, quizás, podía ser su única ocasión de recuperar a Amalia antes de que la obligaran a casarse con aquel conde.

Así que aguardó junto a la puerta hasta que, tras unos minutos eternos, esta por fin se abrió. Una novicia bastante joven asomó la cabeza y sonrió al verlo ahí.

—Por un momento temí que no viniera —le dijo, prescindiendo de cualquier tipo de saludo. Estaba de más en aquel momento—. Mi nota era bastante críptica, pero no podía arriesgarme a que alguien la interceptara y nuestros planes se desbarataran antes de

comenzar.

—¿Planes? —le preguntó él, algo desconcertado. Cada vez entendía menos lo que estaba pasando—. ¿Qué planes?

—Aquí no. —La joven miró hacia ambos lados y, tras comprobar que no había nadie más, abrió la puerta—. Pase y se lo explicaré todo.

Luis no titubeó. Pasó al interior del convento y cerró para que nadie pudiera seguirles. Miró a su alrededor, sin ocultar su curiosidad. Jamás se había imaginado entrar a las entrañas de una comunidad de religiosas de clausura. Y, sin embargo, ahí estaba: en mitad de una cocina desierta en la que únicamente trabajaban monjas.

—Sabemos que Amalia y usted se aman de verdad —tomó de nuevo la palabra Ángela—. Le hemos visto gritar cada mañana en nuestra puerta, suplicando por verla. Y también la hemos oído a ella golpear su puerta hasta quedarse sin fuerza exigiendo que la dejáramos salir para reunirse con usted. Nos hemos limitado a cumplir las órdenes que nos habían dado sus padres, presuponiendo que se trataba de lo mejor para ella. No es la primera dama que acaba aquí encerrada por su propio bien, ¿sabe? Muchos padres nos piden que guardemos a sus hijas por su comportamiento desafortunado o por su estado de nerviosismo antes de su enlace. Al principio creímos que ese era el caso de Amalia, pero… no es así. Entre ustedes hay algo verdadero, algo fuerte, y el único motivo que les impide estar juntos es una absurda rivalidad familiar que nada tiene que ver con ustedes. Y no es justo.

—Así que van a… ¿ayudarnos?

Seguía intentando asumir lo que estaba escuchando, pero le estaba costando bastante. ¿Aquellas monjas estaban dispuestas a ponerse de su parte porque todo aquello les parecía una injusticia?

—Así es. Sin que sirva de precedente, le abriremos esta puerta para que pueda entrar a buscar a Amalia y huir junto a ella. Lo hemos hablado entre nosotras y creemos que es lo correcto.

—¿De verdad? —siguió insistiendo. Le costaba creer que aquello no fuera algún tipo de trampa.

—Se lo aseguro. Solo envíenos una nota diciendo cuándo vendrá y nosotras nos encargaremos de dejarla salir.

—¡Esta misma noche! —exclamó—. Hoy mismo. No pienso aguardar ni un segundo más.

—Pero supongo que tendrá que preparar algunas cosas. No pueden huir sin más, ¿cierto?

—Ya lo teníamos todo arreglado para nuestra marcha, por lo que solo debo escapar de la mirada escrutadora de mis padres y traer unos caballos hasta aquí. El resto está listo.

—Si tan claro lo tiene, se lo comunicaré a Amalia, aunque le rogaría, por favor, que nos hiciera llegar un mensaje para confirmarlo. No queremos que haya malentendidos que puedan complicar esta situación aún más.

Él asintió. A pesar de que sabía que no fallaría, entendía la preocupación de aquella novicia y que lo mejor sería avisarlas de que todo iba viento en popa. Ya se habían enfrentado a demasiados obstáculos y temía que pudiera surgir alguno más.

No tardó demasiado en despedirse. Le dio las gracias al menos una decena de veces a aquella mujer antes de salir corriendo del convento. Tenía muchas cosas que hacer y muy poco tiempo antes de que diera la medianoche y Amalia y él pudieran ser, esa vez sí, completamente libres.

***

—¿Ha enviado mensaje? ¿Vendrá entonces esta noche?

Amalia se precipitó hacia Ángela en cuanto esta entró a su celda con el almuerzo. Llevaba horas —desde el encuentro que habían tenido Luis y la novicia aquella mañana— aguardando unas noticias que parecían no llegar y no soportaba más aquella espera. Temía enloquecer si él no le confirmaba pronto que acudiría a su encuentro aquella madrugada.

La novicia sonrió y, tras dejar la comida en la pequeña mesa, asintió con la cabeza. Ella también estaba deseando contarle las buenas nuevas.

—Hemos recibido noticia hace apenas unos minutos a través de una dama que dice ser su amiga. —Sacó el pequeño papel de su manga y se lo tendió a la otra—. Confirma que vendrá a medianoche y deja un mensaje para que se lo transmitamos.

Amalia sonrió y se apresuró a abrir aquel papel para leer las líneas que Luis le había escrito y que tantísimo necesitaba en aquel momento.

Mi preciosa Amalia:

En unas horas estaré contigo para poder, por fin, emprender nuestra nueva vida juntos. Te ruego me aguardes preparada; yo prometo ser puntual y ayudarte a salir de tu encierro.

No sabes cuantísimo he sufrido por ti estos días, mas nuestra separación acabará pronto.

Te adoro,

Luis

Amalia suspiró al tiempo que se llevaba la nota al pecho y cerraba los ojos. Solo tendría que resistir unas cuantas horas más y todo aquello terminaría para siempre. Por fin sería libre para amar a Luis

sin miedos y para ser la única dueña de su vida y su destino.

—Les dejaremos preparadas en la cocina algunas provisiones, por si las necesitan para su huida.

—Es muy amable —murmuró Amalia, mirándola de nuevo—. Todas lo son. No sé cómo podré agradecerles todo lo que han hecho por mí. Sin ustedes habría acabado casada con un hombre al que no amo.

—No celebre aún la victoria, todavía les queda la parte más complicada —le recordó Ángela, aunque le dedicó una sonrisa—. Y no debe agradecérnoslo. Solo hacemos lo correcto. Y, ahora, almuerce. Debe reponer fuerzas para todo lo que le espera esta noche.

Amalia se apresuró a seguir, de nuevo, sus indicaciones y, una vez volvió a quedarse sola, trató de asearse y adecentarse. Quería lucir espléndida —o, al menos, todo lo espléndida que se podía en su situación— cuando al fin se reencontrara con Luis.

Las horas se le hicieron eternas, y cuando le llevaron la cena fue incapaz de probar bocado por culpa de un nudo de nervios que parecía haberse instalado en el estómago. Estaba incluso más nerviosa que la última vez, aunque suponía que era normal. Ya habían frustrado sus planes una vez, así que temía que en el último momento algo volviera a separarlos.

Pero no fue así.

Apenas unos minutos después de que las campanas de la iglesia dieran las doce, Amalia escuchó unos golpes en la puerta. Se levantó de un salto y se apresuró a abrir, consciente de quién estaba al otro lado. Luis.

Se precipitó a sus brazos y lo besó con todas sus fuerzas. Había temido no poder hacerlo de nuevo y no pensaba desaprovechar aquel regalo del destino.

—Mi amor —susurró él cuando se separaron unos milímetros. Le acarició las mejillas con delicadeza, la observó y dejó un beso en su frente—. ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

—Me han tratado muy bien, no te inquietes por eso. Las hermanas han sido amables.

—He oído historias terribles de cómo te trajeron hasta aquí.

—Y probablemente sean verdad. —Amalia suspiró—. Nos delató mi doncella. Habló con mis padres por miedo a posibles repercusiones. Me estaban esperando en el pasillo con dos hombres que me sujetaron y me arrastraron hasta aquí mientras yo suplicaba que me dejaran ir contigo. Traté de razonar con ellos, mas fue imposible: no querían oírme, no atendían a razones. Daba igual lo mucho que gritara y suplicara.

—Lo sé. Te vieron y oyeron todos los vecinos. Llegó a oídos de mis padres, que se dieron cuenta de que no estaba en casa y encontraron la nota que les dejé. Mi padre vino a buscarme fuera de sí y me obligó a regresar. Decía que los estaba poniendo en evidencia y que era una vergüenza para nuestra familia. Han tratado de mantenerme también encerrado, mas no lo han logrado.

—Por fortuna —puntualizó ella—. Si las hermanas no hubieran visto mi desesperación ni tu perseverancia no habrían accedido a ayudarnos y nada de esto sería posible.

—Menos mal que se dieron cuenta y han podido intervenir a tiempo. —Luis suspiró—. Mis padres querían enviarme de inmediato a Madrid, alejarme de aquí antes de que un escándalo pudiera hundir mi carrera política para siempre. Ya habían apalabrado todo con los miembros del partido. ¡Como si yo hubiera consentido marcharme sin oponer resistencia!

—Sé que no lo habrías hecho. Jamás me habrías dejado aquí tirada, aguardando un triste destino, sin luchar antes.

Ella le acarició la mejilla con lentitud, saboreando el momento y tratando de memorizarlo. Recorrió su piel lentamente, recreándose, y comenzó a bajar por su mentón y su cuello. Él cerró los ojos al tiempo que contenía la respiración. Sentía toda la piel hormigueando y un incipiente deseo creciendo en su vientre mientras los dedos de Amalia seguían descendiendo y comenzaban a pasear sobre su pecho.

—Amalia…

—No quiero pasar ni un segundo más separada de ti, Luis. Quiero que seamos marido y mujer.

—Lo seremos en unos días —le prometió él—. En cuanto estemos lejos, buscaremos un sacerdote y contraeremos matrimonio ante los ojos de Dios y los hombres.

—Creo que hay más formas de serlo ante los ojos de Dios —susurró ella. Sentía las mejillas encendidas por su insolencia, mas no se arrepentía de lo que acababa de decir. Cada fibra de su ser se moría por ser suya y le daba igual lo inapropiado que fuera. Solo deseaba estar con él—. O, al menos, eso he oído. Y así nadie podrá separarnos nunca más porque ¿quién se atrevería a ir contra los mandatos del mismísimo Dios?

Luis abrió los ojos, sorprendido. No se había esperado aquella proposición. Mucho menos en un lugar así. Estaban en un convento de monjas de clausura que habían decidido encubrir su huida pero que, estaba seguro, desaprobarían que algo así sucediera entre sus sagrados muros.

Pero el deseo que cada vez crecía más y más le hizo perder, al igual que a ella, la cordura.

—Creo que nadie podría ir contra ellos —contestó en un murmullo —. Mas ¿tú estás segura de querer hacer esto? Nunca antes hemos…

No le hizo falta terminar la frase. Si sus caricias y sus noches a escondidas nunca habían llegado más allá había sido únicamente porque ella había tenido muy claro que no se entregaría hasta que estuvieran unidos de forma oficial.

—Ya, pero después de haber estado a punto de perderte para siempre… No quiero esperar ni un solo segundo más.

Ambos sonrieron casi al mismo tiempo, compartiendo la misma idea movida por un instinto incluso más primitivo que el de supervivencia. Su huida podía aguardar unos cuantos minutos más.

—Te amo, Luis.

—Y yo a ti, Amalia.

Se besaron y, antes de darse cuenta, estaban los dos dentro de la celda de Amalia sin dejar de aferrarse el uno al otro ni separar sus labios.

Y aquella noche, entre aquellas paredes inmaculadas, Amalia y Luis se convirtieron en marido y mujer ante los ojos de Dios.

Capítulo 12

—Deberíamos irnos ya.

Amalia, que estaba acurrucada entre los brazos de Luis mientras este acariciaba su brazo con delicadeza, suspiró. No le apetecía nada salir de aquella cama en la que Luis y ella se habían entregado por primera vez a la pasión, mas sabía que su tiempo se estaba acabando. Si no se marchaban antes de que acabara la madrugada, volverían a quedar atrapados y sus planes se verían trastocados una vez más.

—Sí, al final nos hemos entretenido más de lo que esperaba.

Los dos se echaron a reír y se besaron con complicidad antes de abandonar el colchón, vestirse y, por fin, salir de la habitación. Aunque no pudieron llegar demasiado lejos. Cuando cruzaron la pequeña puerta trasera, casi como si de un *déjà vu* se tratara, se encontraron de frente con los marqueses de Arquería acompañados esa vez —lo que sí que les resultó una sorpresa— de los señores de los Ríos.

—¡Lo sabía! —exclamó la madre de Luis al verlo allí—. ¡Sabía que estarías aquí! ¿Cómo has podido dejarte engañar de nuevo por esta mujerzuela?

—¡Un respeto! —protestó la otra mujer que, a pesar de estar furiosa con su hija por su comportamiento, no iba a consentir que la insultaran frente a ella—. Amalia no le he puesto una daga en el pecho para obligarlo a entrar a raptarla.

—¿Raptarla? ¡No diga sandeces! Es ella quien lo ha persuadido para mancillar un lugar sagrado y ayudarla a escapar de un matrimonio concertado.

—Oh, sí, claro, seguro que ha sido eso —ironizó Cayetana—. ¡Amalia es solo una víctima! Es una niña que se ha dejado seducir por lo prohibido y que ha olvidado cómo debe actuar una verdadera dama.

—Es un veneno que se ha colado en la mente de Luis hasta nublarle el juicio. Probablemente solo desee aprovecharse de su influencia política.

—Pero ¿de qué influencia está hablando usted? ¡Mi hija es noble! Es hija de marqués y nieta de conde. No necesita un aspirante a político para tener dinero e influencia. De hecho, es más probable que sea su hijo quien planee usarla a ella para conseguir contactos que puedan ayudarlo a impulsar su supuesta carrera.

Las dos mujeres siguieron discutiendo, con algún comentario de sus maridos, bajo la atenta mirada de sus sorprendidos hijos que se habían convertido de repente en meros espectadores. Habían pasado de ser los causantes de esa situación, los protagonistas de un auténtico escándalo, a dos figurantes que, si hubieran tratado de marcharse, probablemente lo habrían logrado sin que sus madres se dieran cuenta. Así de enfrascadas estaban en su pelea.

Aguardaron unos instantes más mientras las oían echarse en cara cómo el hijo de la otra planeaba arruinar la vida del propio, cómo sus familias eran una desgracia, hasta que Amalia no aguantó más y lanzó un grito que retumbó en la quietud de la noche y atrajo, por

fin, la atención de los cuatro mayores.

—¡Ya basta, ya basta! —gritó con todas sus fuerzas—. Estoy cansada de todo esto. Cansada de ustedes y de sus absurdas peleas.

—¿Absurdas? ¡Qué niña más insolente!

—No tan insolente como usted, que no para de acusarme de querer hundir la vida de su hijo sin pararse a pensar que, quizás, Luis y yo nos amamos y solo queremos que nos permitan estar juntos sin miedos ni secretos.

—Amalia, guarda silencio —le ordenó su padre.

—No, padre, no pienso hacerlo. Me da igual que todos ustedes crean que nuestras familias son enemigas. No me importa que quieran mantenernos separados por algo que pasó hace años y que no nos incumbe a ninguno de los dos. ¿Es que no se dan cuenta? Luis y yo no somos Francisco y Mercedes. No somos nuestros hermanos y jamás podremos reemplazarlos sin importar lo que hagamos. Ni en lo bueno ni en lo malo.

—Eso no borra el pasado. Lo que sucedió fue…

—Una desgracia —lo interrumpió Luis. Amalia lo miró, con los ojos ligeramente empañados. Apreciaba muchísimo que él pudiera decir aquello sabiendo la verdad sobre la muerte de su hermano—. Todo lo acontecido con Mercedes y Francisco fue una sucesión de hechos trágicos que los llevó al peor de los finales. Mi hermano tenía sus luces y sus sombras, mas no merecía morir, y Mercedes… —Vio cómo los marqueses se tensaban al escucharlo decir aquello. Se habían percatado de que su hija le había contado el destino de su hermana y era evidente que temían que lo confesara delante de sus padres. Pero él no iba a hacerlo. Los secretos de Amalia eran también los suyos—. Mercedes no merecía no poder regresar nunca con su familia por culpa de un error.

—Luis y yo vamos a estar juntos lo quieran o no. —Amalia se

aferró a su mano, tratando de mostrar un frente unido—. Ya han intentado separarnos y no lo han logrado. Mucho menos lo conseguirán después de todo lo que ha sucedido esta noche. Estaremos juntos con o sin su beneplácito, cerca o lejos de aquí. Las leyes de los hombres no pueden separar a quienes ya están unidos según la ley divina.

La marquesa lanzó una exclamación al percatarse de lo que su hija acababa de decir con poco disimulo. ¿Cómo había podido ser tan desvergonzada? Estaba más que claro que algo habían hecho mal en la educación de sus hijas para que dos de ellas se les hubieran ido de las manos con semejante desfachatez.

—No podrán seguir reteniéndonos.

—Y no perderán a dos sino a cuatro de sus hijos por sus prejuicios y su intransigencia.

Sus padres siguieron protestando durante unos cuantos minutos más, aunque sus quejas y amenazas fueron apagándose al encontrarse de frente con aquel muro infranqueable. Sabían que podían hacer todo lo que estuviera en sus manos para alejarlos pero que no lo conseguirían. No habían podido hacerlo en todo aquel tiempo —al fin y al cabo, habían estado viéndose a escondidas en sus propias narices durante años— y no lograrían hacerlo después de aquel día. Si Luis había sido capaz de colarse en un convento para rescatarla, no habría muro lo suficientemente alto para detenerlo. Sería capaz de tirar por la borda su futuro para estar con ella, de entrar a la iglesia en mitad de la boda para arrancársela al conde de las manos. Conde que, por otra parte, ya no querría a Amalia como esposa. Ni él ni ningún otro hombre decente querría desposarla después de lo sucedido.

Los planes que tan cuidadosamente habían diseñado para ellos, para que engrandecieran a sus familias y cumplieran con su deber,

se habían ido al traste. Y no había nada que pudieran hacer para remediarlo.

Así que acabaron por claudicar. Por mucho que les fastidiara entregarlos al enemigo y tener que unirse para toda la eternidad con esas personas a las que tanto despreciaban, al menos no los perderían para siempre. Como a Francisco y Mercedes.

—Está bien —susurró el marqués.

—¿Está… bien? —preguntó su hija, algo confusa—. ¿Se refiere a nosotros?

—Daré mi bendición, si es lo que queréis. Iré a hablar esta misma mañana con el conde para anular vuestro compromiso y le concederé tu mano al… señor de los Ríos. Pero tengo una condición.

—¿Cuál?

Amalia estaba ansiosa. Habría aceptado cualquier cosa que le hubieran propuesto en ese momento. Estaba dispuesta a lo que fuera para poder estar con Luis.

—Haréis esto bien, como una pareja decente. Nada de fugas ni huidas en mitad de la noche. Regresarás a casa, esperaréis un tiempo adecuado y, entonces, os casaréis.

—¿Sin trampas? —insistió Luis. No se fiaba ni un pelo de aquel hombre—. ¿No intentarán aprovechar ese tiempo para separarnos?

—Juro que no será así. Creo que todos hemos entendido que no cambiaréis de opinión, suceda lo que suceda, y que acabaréis marchándoos juntos por mucho que nos opongamos. Yo solo quiero evitar un escándalo aún mayor que me obligaría a vetar la entrada de por vida a casa a la menor de mis hijas. Ya perdí a Mercedes. No pienso perder a Amalia también.

—Estoy de acuerdo —intervino el padre del chico—. Esta situación no me gusta, mas estoy dispuesto a aceptarla siempre y cuando mi hijo me garantice que terminará sus estudios y continuará con su

carrera tal y como habíamos planeado. Aceptaremos a Amalia como tu esposa, pero ocuparás el lugar que te corresponde en la política de este país.

Él asintió. Aquel era un pequeño sacrificio que estaba más que dispuesto a hacer para poder estar con Amalia el resto de sus días sin tener que enfrentarse al mundo.

Los dos adultos se miraron. Después de tantos años enfrentados, de todas las veces que habían maldecido a la otra familia por lo acontecido, estaban dispuestos a firmar una tregua. Por sus hijos.

—¿Tenemos un acuerdo pues? —preguntó el marqués, tendiéndole la mano al otro.

—Lo tenemos.

Sellaron con un apretón aquel trato y Amalia, incapaz de aguantar aquella tensión un solo segundo más, lanzó un grito y se abrazó a Luis.

Por fin habían conseguido el beneplácito que tanto necesitaban.

Por fin su amor dejaba de ser prohibido.

Epílogo

Querida Mercedes:

Por fin puedo escribirte. Han sido unos meses muy largos y agitados. Por un momento temí que nuestros planes volvieran a frustrase, que surgiera algo que me impidiera desposar a Luis, pero, por suerte, no ha sido así y te escribo como una mujer casada y libre del yugo de nuestros padres.

Comenzaré por el principio. Anular el compromiso con el conde no fue tan sencillo como habíamos supuesto en un principio. Su buen carácter se tornó en una auténtica pesadilla cuando padre le comunicó su intención de romper su acuerdo. Esgrimió que le había dado su palabra, que ya habían fechado el enlace, que los trámites habían comenzado, mas no logró persuadirlo (por fortuna). Mi compromiso se anuló y, tras las semanas más largas de mi vida en las que me sentí como una auténtica prisionera sin poder abandonar la casa para evitar las habladurías, por fin se anunció que Luis y yo nos convertiríamos en marido y mujer. El escándalo no fue tan terrible como podría haber sido si nos hubiéramos escabullido como planeábamos en mitad de la noche, pero fueron muchos los que comenzaron a hablar y especular, y muchos más aún a los que

aquello pilló por sorpresa. No habían creído que nuestras familias capitularan al final. Pero lo hicieron.

La boda fue muy íntima. Apenas asistieron los familiares y amigos más directos. Mari Paz, como bien sabrás ya porque seguro que te ha escrito para contártelo, acudió a pesar de que madre no quiere ni cruzarse con ella. No le perdonará jamás el habernos encubierto, aunque Luis y yo no podemos estarle más agradecidos.

Después de la boda decidimos marcharnos de Ronda. A pesar de que las familias han tratado de limar asperezas para no perdernos, ambos sabemos que será difícil después de todo lo que sucedió y necesitamos nuestro espacio para poder amarnos sin sentir sus miradas escrutadoras ni todo el peso del pasado sobre nuestros hombros. Nos merecemos ser libres. Además, Luis prometió a sus padres que terminaría sus estudios, así que nos hemos mudado juntos a Granada para que pueda hacerlo. Y, cuando sea abogado, cumpliendo con lo que le prometió a su padre, nos iremos a Madrid. No sabemos si nos gustará esa vida o si hubiéramos preferido otra más tranquila, pero sabemos que, mientras estemos los dos juntos, todo irá bien.

Ahora que por fin soy una mujer casada con hogar propio, te ruego que empieces a escribirme a estas señas. Me encantará poder, por fin, cartearme contigo sin intermediarios. No sabes las veces que he soñado con poder retomar el contacto directo contigo y poder contarte, sin necesidad de molestar a Mari Paz ni depender de ella, todo lo que me acontece.

Espero que podamos volver a vernos en algún momento y que ojalá sea pronto. Luis te guarda rencor por lo de Francisco, a pesar de que sabe que fue un accidente y que todo fue culpa de la mala fortuna, pero sabe lo feliz que me haría reencontrarme contigo, por lo que está dispuesto a viajar hasta cualquier confín del mundo con

tal de hacerme feliz.

Así que rezo por un reencuentro y porque, mientras tanto, goces de salud y de la mayor de las felicidades.

Muchos besos.

Amalia

Nota de autora

Esta historia no está basada en hechos reales, aunque los lugares en los que se ambienta sí que existen. Además, a pesar de que me he documentado para que esta novela fuera fidedigna a la España isabelina, me he tomado algunas licencias narrativas.

Agradecimientos

Gracias siempre a todas las personas que me apoyan, a mi familia y amigas.

Gracias al Archivo Municipal del Ayuntamiento de Ronda que me permitió documentarme en su momento para *La perla y el bandido*. Todos los datos que reuní entonces me han ayudado, de nuevo, a zambullirme en la Ronda del siglo XIX y poder trasladarla a estas páginas.

Gracias a todo el equipo de Selecta que ha hecho esto posible y, en especial, a Lola Gude, que siempre apoya mis ideas (y las espera pacientemente cuando es necesario).

Y, por supuesto, gracias a ti, querida lectora. Mil gracias por querer descubrir la historia de amor prohibido de Amalia y Luis. Nada de esto sería posible sin ti.

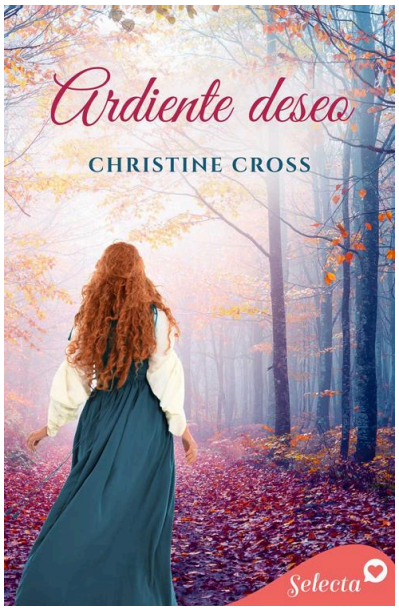
Si te ha gustado

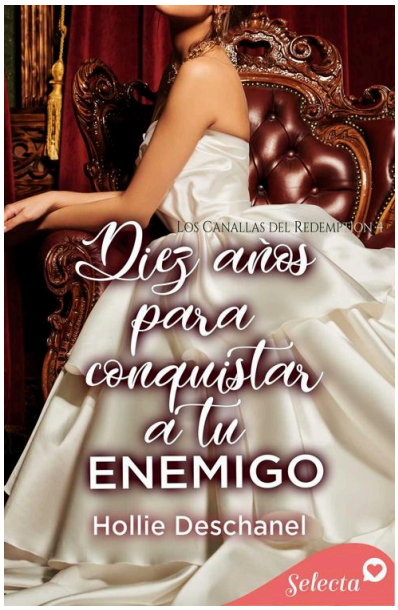
Suspiros prohibidos

puedes disfrutar de estas

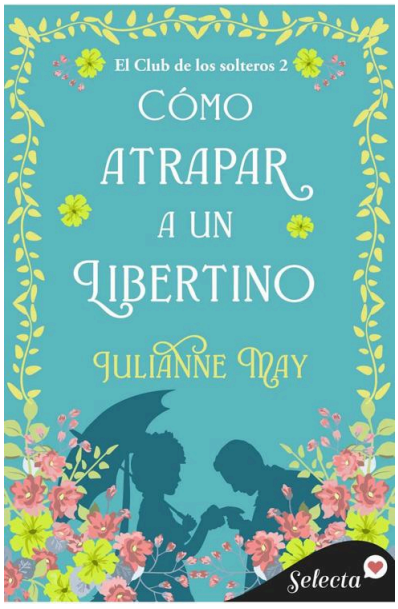




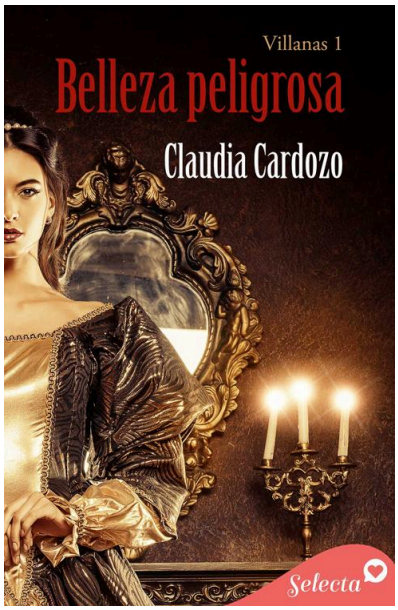

Ardiente deseo
CHRISTINE CROSS
Selecta


Los Canallas del Redemption 3
Diez años para conquistar a tu ENEMIGO
Hollie Deschanel
Selecta


BETHANY BELLS
EL RIESGO DE ACERCARME A TI
Selecta


El Club de los solteros 2
CÓMO ATRAPAR A UN LIBERTINO
JULIANNE MAY
Selecta


S. F. TALE
Los
SECRETOS
del guardarropa
de lord
HARDY
WHARRINGTON
PALACE
Selecta


Villanas 1
Belleza peligrosa
Claudia Cardozo
Selecta

«Te querré en esta vida y en la otra. No hay hombre ni Dios que pueda separarme de ti».



Todo el mundo en Ronda sabe que las familias Díaz de Medina y Quevedo y de los Ríos están enfrentadas por culpa de los trágicos sucesos que acabaron con la desaparición de la primogénita de una y la muerte del primogénito de la otra poco antes de su enlace. **Las malas lenguas dicen que aquel terrible día rompieron toda relación y que todos los miembros de ambas familias se desprecian**. Aunque no saben que hay dos excepciones.

Amalia Díaz de Medina y Quevedo siente que se asfixia. Desde que su hermana Mercedes huyó de su hogar para evitar su boda,

sus padres han ejercido un férreo control sobre ella y sus hermanas. No quieren que la historia se repite y están dispuestos a hacer lo que haga falta para evitar que otra de sus hijas se salga del redil. Incluso a buscarles maridos apropiados. **Aunque ellos no saben que el corazón de Amalia tiene dueño desde hace mucho**.

Luis de los Ríos cursa la licenciatura de Derecho en Granada, aunque sus padres, que han depositado en él todas las esperanzas antaño puestas en su hermano mayor, han decidido cambiar sus planes: el próximo curso se marchará a Madrid, donde lo aguardan para comenzar su carrera política. Y no les importa lo que él opine. **Ni que Amalia esté esperándolo en Ronda**.

Amalia y Luis se enamoraron el uno del otro cuando eran unos niños y, a pesar de las circunstancias que enemistaron a sus familias, nunca han dejado de quererse. **Y no están dispuestos a renunciar a su amor por unas rencillas que no tienen nada que ver con ellos**.

Mia Heywood es el seudónimo para novela histórica de la escritora María Heredia (Estepona, 1995). Enamorada de la literatura y el siglo XIX, Jane Austen es su autora de cabecera (aunque suene a cliché) y le encantan las historias que la transportan a la época del Romanticismo, la Regencia o el reinado de la reina Victoria. *La perla y el bandido* es su primera incursión en la romántica histórica, pero no será la última.



Edición en formato digital: julio de 2025

© 2025, Mia Heywood
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: ArtCreationsDesignPhoto, Dolararts

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10012-08-0

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Suspiros prohibidos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Epílogo
Nota de autora
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro

Sobre Mia Heywood

Créditos